Presentación

Giuseppe Maio

HABLAR DEL MOVIMIENTO DEL '77, aprovechando la distancia temporal y tratando de sortear el aislamiento obrado por la crítica institucional, conlleva el riesgo de la saturación interpretativa, pues la saturación, la fragmentación, la diseminación, constituyen sus rasgos más evidentes. Afortunadamente, su fisonomía como «movimiento de movimientos», como punto de aceleración (del antagonismo de sujetos emergentes, y de otros en vía de desaparición) y a la vez, de ralentización (en tanto resistencia e implosión), favorece la oralidad (la lectura a partir de la presencia). La extensa bibliografía, casi del todo reconducible a las experiencias personales dentro del movimiento, toma forma de testimonio, de antología de la extensa documentación de base, de análisis de elementos conceptuales; siempre en forma de clave para la comprensión de las sucesivas derivaciones. Por otro lado, la especificidad italiana del movimiento del '77 puede llevarnos a una interpretación localista y, en consecuencia, a una visión reduccionista de los acontecimientos, o por lo contrario, a la búsqueda, a veces forzada, de rasgos comunes en el escenario internacional (patrones de las sucesivas identidades de la autoorganización de los movimientos contemporáneos). Operaciones legitimas, aunque de lo que se trata es, a mi parecer, de aprovechar su fragmentación lingüística y de acción (en el sentido antagonista radical) con el propósito de afirmar las sinergias de nuestro estar hoy en los conflictos.

Esta sociedad lo celebra todo, así que con treinta años cumplidos, en Italia ya ha empezado la letanía del luto sin duelo al que se condenan los eventos pasados, hasta los más

© se permite la copia

«excéntricos». Los periódicos han empezado a ofrecer la estética publicitaria de esos movimientos en un cóctel de nostalgia y banalidad. Se ponen de relieve, además, las contradicciones más morbosas, la violencia, la lucha armada, las derivas de la droga y de la represión. Se puede imaginar que la memoria tomará las formas del carnaval en el que los medios están volcados con el propósito de ofrecer, una vez más, la forma pacificada de:

> Su poder imaginario porqué si hay algún ámbito en el que Occidente sigue siendo inigualable y está llamado a conservar una importante y duradera ventaja es precisamente —más allá del terreno financiero y armamentístico—, es esa huida hacia delante en la mascarada democrática, en esa empresa nihilista de aniquilación de los valores y de simulación total. [...]
>
> La historia, al repetirse, se convierte en farsa. Pero la farsa, al repetirse a su vez, acaba siendo historia. Es decir, a fuerza de repeticiones e incrementos, los simulacros terminan por convertirse en nuestro destino material.[1]

Esto nos aboca a una sensación de vértigo y a una cierta desorientación, por supuesto, nos impone un esfuerzo de concentración, más allá de la identificación y de la «recombinación»/reconducción de las derivaciones teóricas que en los años sucesivos al '77 todavía se siguen librando dentro del movimiento.

Establecer una relación a-dialéctica con nuestro pasado reciente, sin sobrevalorar, en la medida de lo posible, la búsqueda de continuidades y raíces, supone un esfuerzo afectivo y cognitivo que asume el vacío sin dispersarse, que convive con el pánico de la volatilidad de la comunicación, y se propone como conciencia apasionada del irrevocable fin de una época y como visión de nuevos terrenos de presencia.

La conciencia de la imposibilidad de un método historicista (ya no hay totalidades que se puedan alcanzar partiendo de otras totalidades) en lugar de alimentar la desorientación y la frustración, debe afirmarnos en la esfera conceptual de la autonomía.

© se permite la copia

---

1 Jean Baudrillard, *El juego del antagonismo mundial o la agonía del poder.*

> Contrariamente a la ilusión dialéctica, nada puede ser aniquilado y superado en el proceso histórico. Toda forma económica, cultural y tecnológica se estratifica instalándose de forma indeleble en el tejido cognitivo y antropológico de la colectividad. El capitalismo es en este sentido insuperable, irreversible, no biodegradable. Sin embargo, reconocer la imposibilidad de superar el capitalismo no significa para nada aceptarlo como limite a la imaginación social y a la creación política. No significa para nada estar sometidos a sus políticas económicas y a las ideologías que lo absolutizan.[2]

Guattari dice:

> Cuando por la noche un niño canturrea para sí, lo hace porque intenta evitar el pánico de la desesperación, del caos, porque intenta reencontrar un sentido en el universo, intenta construir una secuencia reconocible, una secuencia que es su sentido, su territorio.[3]

A lo largo de la historia los hombres han estado elaborando continuamente unos estribillos, esto es, unas formas, unos modos, unos rituales, artísticos, científicos, económicos, políticos, normativos, a través de los cuales se pueda poner orden en el universo. La identidad se convierte en un punto de referencia. El estribillo es una modalidad de territorialización práctica, una marca rítmica obsesiva de la relación entre sujeto y universo, un intento de reducir el caos a un orden ritual, simbólico, epistémico, político.

Con estos textos y con los actos con los que conmemoramos/reflexionamos sobre el movimiento del '77,[4] el estribillo lo constituyen la cronología, las interpretaciones y las proyecciones que los recorridos del movimiento, «un extraño movimiento de extraños estudiantes», han trazado hasta nuestros días. Se trata de la exposición, la documentación, el análisis de una historia especial, rechazada por la

© se permite la copia

---

2 Franco Berardi, *Il sapiente, il mercante, il guerriero,* Roma, Derive Aproddi, 2004.

3 Félix Guattari, *Caosmosis,* Buenos Aires, Manantial, 2000.

4 El seminario «30 años no son nada. El movimiento del '77», celebrado los días 23 y 24 de marzo por iniciativa del autor, Maria Grazia Macchia y Traficantes de Sueños, y con la participación de Sergio Bianchi y Franco Barardi (Bifo).

memoria oficial por su inutilidad, su fragmentación, y si queremos por una determinada dosis de incoherencia e irrecuperabilidad...

El estribillo no es, en cualquier caso, un buen método de conocimiento porque produce automatismos, adición, se envuelve sobre si mismo. Victimismo, auto-gratificación, nostalgia, amenazan su eficacia y la capacidad de auto-organización.

El verdadero método cultural, según Guattari y Deleuze es el rizoma, la conexión, lo irreducible al uno y a lo múltiple.

> No se constituye de unidades sino de dimensiones o más bien direcciones en movimiento, sin principio ni fin, es siempre un medio, por lo que crece y se desborda.

El movimiento del '77, cuya peculiaridad italiana ofrece lecturas múltiples representa ante todo una diseminación de direcciones en movimiento. En este sentido, es la convergencia simultánea de tensiones a menudo irreconciliables, es su propia convivencia, bajo el signo de la resistencia, de la búsqueda de una salida revolucionaria y es su genética, para nada accidental, de rápida combustión.

El alcance simbólico de esta explosión / consumación, más allá de los análisis que parten esencialmente del movimiento y del antagonismo,[5] nos da la posibilidad de buscar las proyecciones de sus líneas en el presente, que salvando las debidas distancias están entre las intenciones, extraordinariamente ambiciosas, de los promotores de este encuentro. No memoria sino actualización, no celebración sino conocimiento y conciencia de los procesos, como fundamentos para la puesta en marcha de los nuevos proyectos.

Por supuesto hay que evitar la fácil, aunque seductora, mitización. Hay en cambio que exaltar sus elementos constituyentes, no solamente los políticos o de movimiento, en

© se permite la copia

---

5 El post-obrerismo, la crisis de la representación política institucional, el papel del sindicato, el feminismo, las componentes llamadas «creativas», la autonomía, la conciliación de la vivencia emocional con la militancia, la producción y diseminación cultural, etc...

sentido propiamente marxista, sino también aquellos comunitarios, de identidad: el orgullo, un imaginario revolucionario, la energía, la voluntad, el esfuerzo colectivo, la amistad.

Y de proyectarlos en el presente, poniéndolos en relación, sin forzarlos, con las dimensiones militantes y de agregación de las prácticas sociales, la desobediencia civil, las ocupaciones, los centros sociales, la solidaridad, la inmigración, el movimiento por la paz, el movimientos contra la globalización, el mediactivismo, el software libre, el empoderamiento y la contextualización social de los medios de comunicación sistémicos, radios y televisiones libres, revistas, editoriales. En definitiva, más o menos con todas las limitaciones y las dificultades, estamos en movimiento.

Hoy más que nunca los intereses mercantiles se combinan con los estéticos, históricos y comunicativos. Entre los miles de ejemplos, cabe señalar la apropiación por parte de la ideología dominante de la palabra «solidaridad», o la última campaña publicitaria del primer banco del sistema financiero español, que ha utilizado como lema la palabra «Revolución», pintada en rojo, como un graffiti...

Las consecuencias están a la vista, mejor, dentro de nosotros, la anulación de la distancia entre sujeto y objeto, sujeto e imagen, sujeto y sí mismo:

> La generalización de la parálisis de pánico, la ansiedad, la destrucción de la esfera pública, de los servicios sociales, de la percepción de pertenencia a una esfera colectiva [...] para poder alimentar la demanda de seguridad [...] La sociedad occidental tiende a convertirse en un cuartel en el que la emergencia prevalece sistemáticamente sobre la política.[6]

© se permite la copia

Las palabras se hipertextualizan, la saturación de la información como recurso fundamental de «valoración» del capital, las despoja de contenido. Las imágenes proliferan exponencialmente ilustrando la violencia del mundo y la violencia sobre sí mismas: su utilización salvaje como elemento de documentación, como testimonio, como mensaje

---

6 Franco Berardi, *Il sapiente..., cit.*

leninista), y el rescate/exaltación de todos los «idiomas menores» (facilitado por las nuevas tecnologías, la fotocopiadora, la offset, la radio, el videocasete). De índole subversiva, el movimiento contracultural que nació en 1977 evocó la fusión entre arte y vida cotidiana, un rechazo sistemático, de alguna manera anticapitalista, de toda prioridad del tiempo de trabajo sobre «el tiempo de vida» y la voluntad de redistribuir la riqueza y de disfrutar del tiempo de vida liberado del trabajo, principalmente en actividades culturales.

La inmensa producción de materiales (fanzines, revistas periódicos, folletos, colages, anti-tebeos, etc.), en formatos nuevos, la mayoría de las veces de vida corta, en ocasiones «históricos» (*A/Traverso, Zut, Wow*), y la agobiante sensación de derrota, dificultan hoy, casi como si se tratase de una estrategia consciente, el contacto con estas expresiones, que descansan en las «colecciones privadas» de compañeros directamente involucrados con el movimiento.

Cabe destacar que la diseminación lingüística y artística, al tiempo que la deseada liberación del cuerpo y del deseo, alcanzó tal densidad que en un cortísimo espacio de tiempo se fraguaron nuevas identidades tribales (los indios metropolitanos, los mao-dadaístas, los parodistas, los perros sueltos...) que tomaron parte creativa a veces decisiva en los debates, asambleas y manifestaciones del movimiento.

Alimentándose tanto del post-estructuralismo francés tanto como del negacionismo post-situacionista, de las culturas libertarias y hippies como del nihilismo (el punk es contemporáneo, meteórico, afásico, agresivo, transgresivamente suicida), el movimiento del '77 experimentó e impulsó la fractura del lenguaje en la jerga, el balbuceo, la volatilización de la palabra, llevando a cabo una agresión profundamente irónica sobre las formas clásicas de comunicación. En este sentido, se trataba de una experimentación esencialmente formal, investigación creativa de nuevas formas de expresión, bajo las evidentes herencias del futurismo, el surrealismo, el letrismo (el cut-up, la escritura automática, el puzzle, los crucigramas, el collage, el *ready-made* y todas las técnicas de *detournement*), en el intento de devolver la palabra a la vida. Objetos e imágenes comunes

© se permite la copia

(obras de arte, lemas, publicidad, carteles, falsas cabeceras de periódicos, falsas noticias) fueron desviados de su destino y colocados en contextos diferentes, donde el significado originario se perdía en la construcción de un nuevo conjunto significante (a veces sin significado)

El lenguaje utilizado, voluntariamente pobre y seco, siempre político había nacido dentro de grupos cerrados, comunidades en tránsito por las universidades, hibridación del léxico de jergas procedentes de los distintos orígenes de los miembros de la nueva comunidad, pero manteniendo el respeto formal de la lengua natural. Las imágenes, extraídas del tebeo, estilizadas, personales, dibujaban y exaltaban microeventos, siempre con un escenario político como fondo.

En definitiva, una energía vital y desesperada, irónica y subversiva dio voz a la diseminación de la experiencia personal, en oposición feroz, por un lado, a la esclavización cultural del sistema, por el otro a los arcaísmos leninistas de las ortodoxias del propio movimiento.

El haber esbozado, aunque sea someramente, la candente temática del rechazo del trabajo, recombinándolo con el «trabajo» de la contracultura y la contrainformación del movimiento del ’77, no ha sido casual.

Puede decirse que en la sociedad italiana de ese periodo (y en general en el mundo occidental) se estaba gestando la figura del trabajador cognitivo, de la intelectualidad de masas, hasta convertirse hoy en el componente fundamental de la acumulación capitalista.

El movimiento italiano lo intuyó en toda su virulencia, resistió con las formas de la organización antagonista, entre ilusión y suicidio, violencia y represión, regresión y percepción del fin. Así como una parte consistente comprendió que la inminente virtualización de la vida debía ser combatida también con sus mismas armas, a través del conocimiento y la práctica de nuevas formas de comunicación autónoma, aprovechando el desarrollo tecnológico.

Otra parte, igual de importante, fue capaz de fundamentar teóricamente, partiendo del obrerismo, los principios de la autoorganización de los movimientos.

© se permite la copia

Estas y más son las principales aportaciones del movimiento del ‘77 a las luchas futuras, en donde se fragua y toma densidad un principio de organización global partiendo de la exigencia de inversión social del trabajo cognitivo, que se sigue desarrollando.

El trabajo contracultural difuso del ’77 alimentó y se alimentó de la acción política. Pero a la pregunta ¿qué acción política es posible hoy?, ha sido contestada en muchas ocasiones por los propios movimientos que han estado, y están, construyendo la autoorganización en contra de la hegemonía del sistema, del cinismo, del oportunismo, del miedo.

Hoy no se trata de construir la subjetividad de una vanguardia que funcione como intelectualidad colectiva, sino de construir dispositivos (políticos, de comunicación, lingüísticos) que permitan la acción política en la concatenación entre saber y prácticas sociales.

Si la visión del futuro está marcada por la desesperación, éste es el indicio indudable del retroceso radical que experimenta el poder, de su drástica pérdida de control sobre las dinámicas sociales. La sensación es que este tiempo, como todos los periodos de transición, anticipa una nueva estación de cambios, que se están acumulando energías, agudizando contradicciones que deberán explotar con renovada virulencia.

El conocimiento, la investigación, la comparación son herramientas necesarias. Las contribuciones que integran este «dossier», o más bien una pequeña y parcial antología, sirven para garantizar un acercamiento al debate, por fragmentario que sea. Un debate que, por la cuenta que nos trae, requiere una participación lo más intensa posible.

Naturalmente, como en toda constelación, hay luces grandes y pequeñas, agujeros negros y masas gaseosas, meteoritos y cometas.

© se permite la copia

El año en el que el futuro se acabó[1]

Franco Berardi (Bifo)

Premisa: las dos memorias del setentaysiete

Cuando se habla de 1977 vienen a la mente una serie de asociaciones de ideas, imágenes, recuerdos, conceptos y palabras, a menudo incoherentes entre sí.

El '77 es el año en el que estalló y se desplegó un movimiento de estudiantes y de jóvenes proletarios que se expresó de forma muy intensa en las ciudades de Bolonia y Roma. En algunos ambientes, setenta y siete evoca violencia, tropelías, años de plomo, miedo en las calles y en las escuelas. En otros ambientes significa, en cambio, creatividad, feliz expresión de necesidades sociales y culturales, autoorganización de masas, comunicación innovadora. ¿Cómo pueden convivir estas dos visiones, a menudo en la mente de las mismas personas? 1977 es un punto de contacto o, más bien, de cesura, el punto en el que se encuentran (o tal vez se separan, pero es lo mismo) dos épocas diferentes. Por ello se trata del momento de emergencia y de formación de dos visiones incompatibles, de dos percepciones disonantes de la realidad. En ese año alcanza su madurez la historia de un siglo, el siglo del capitalismo industrial y las luchas obreras, el siglo de la responsabilidad política y las grandes

© se permite la copia

---

1 Capítulo de Franco Berardi (Bifo) y Verónica Bridi (eds.), *1977 l'anno in cui il futuro incominciò*, Roma, Fandango 2002.

organizaciones de masas. Se empieza a entrever la época postindustrial, la revolución microelectrónica, el principio de la red, la proliferación de los agentes de comunicación horizontal, y, por tanto, la disolución de la política organizada, la crisis de los Estados nación y de los partidos de masas.

No debemos olvidar que 1977 fue —además del año de los movimientos de contestación creativa en las universidades y barrios italianos— muchas otras cosas, no todas alineadas en la misma dirección ni bajo el mismo signo. Fue el año del nacimiento del punk, el año del jubileo de la Reina de Inglaterra contestado por los Sex Pistols, que pusieron patas arriba la capital británica durante días y días con música y barricadas lanzando el grito que marca como una maldición los siguientes dos decenios: *No Future*. Pero es también el año en el que en los garajes de Silicon Valley chicos, como Steve Wozniak y Steve Jobs, hippies libertarios y psicodélicos logran crear el interfaz *user friendly*[2] que hará posible en pocos años el acceso cada vez más amplio y popular a la informática y después a la telemática de red. Es el año en el que Simon Nora y Alain Minc escriben un informe al Presidente de la República Francesa, Valery Giscard d'Estaing, titulado *L'informatisation de la société*,[3] en el cual se esbozan las transformaciones sociales, políticas, urbanísticas previsibles en la época siguiente como consecuencia de la introducción en el trabajo y en la comunicación de las tecnologías digitales y de la telemática (es decir, la informática a distancia; es decir, la conexión en red de los ordenadores; es decir, Internet).

1977 es también el año en el que son procesados los rebeldes de la Banda de los Cuatro, Chiang Ching, Wang Hung-Wen, Yao Wen-Yuan y Chiang Chung-Chao. Los cuatro ultramaoístas de Shanghai fueron llevados encadenados a Beijing y condenados a penas de cárcel larguísimas, porque representaban, a ojos del grupo dirigente

© se permite la copia

---

2 Interfaz amistoso con el usuario, el interfaz de usuario de los ordenadores basado en metáforas gráficas (carpetas, ventanas, escritorio) y en el uso del ratón [N. del E.].

3 Simon Nora y Alain Minc, *La informatización de la sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica 1982

denguista,[4] la utopía de una sociedad igualitaria en la que las reglas económicas serían anuladas en favor de una primacía absoluta de la ideología. La utopía comunista empieza su larga crisis precisamente allí donde había sido llevada hasta sus consecuencias más extremas y sangrientas, allí donde la Revolución Cultural Proletaria había desencadenado las tendencias más radicales e intransigentes. Pero es también el año en el que en Praga y Varsovia se extienden las primeras acciones de disidencia obrera y los disidentes checos firman la Carta 77. Es el año en el que Yuri Andropov (director entonces del KGB) escribe una carta al cadáver ambulante de Leonid Breznev (secretario general del PCUS y máxima autoridad de la Unión Soviética) en la que le dice que si la URSS no es capaz de recuperar con rapidez el retraso en el campo de las tecnologías de la información el socialismo se hundirá. El '77 no se puede comprender sólo ojeando el álbum italiano en el que hallemos las fotos de jóvenes de pelo largo con la cara cubierta por un pasamontañas o una bufanda. No se puede entender limitándonos a escuchar eslóganes truculentos, en parte ideológicos, en parte extrañamente surrealistas.

En ese año se pasa la página del siglo XX tal como en 1870–71, en las calles ensangrentadas de París, la Comuna pasó la página del siglo XIX y mostró con qué luces y sombras se anunciaba en el horizonte el siglo XX. Debemos intentar tener en cuenta esta complejidad cuando hablemos del acontecimiento italiano que fue el movimiento autónomo y creativo, porque sólo a partir de esta complejidad podremos entender qué sucede más allá de la crónica callejera, de las manifestaciones, de los enfrentamientos, de los cócteles molotov, más allá del debate sobre la violencia; más allá de la represión violenta con la que el Estado y la izquierda arremetieron contra el movimiento hasta criminalizarlo y empujarlo en brazos del terrorismo brigadista.

© se permite la copia

---

4 Por Deng Xiaoping, dirigente comunista chino. Vinculado desde los años cincuenta al ala moderada o conservadora del PCCh, fue destituido durante la Revolución Cultural Proletaria en 1967–69. Regresó al poder de la mano de Zhou Enlai en 1973. Tras la muerte de Zhou y Mao en 1976, se enfrentó con la llamada banda de los cuatro a la que desalojó del poder. Entre 1977 y 1987, Deng fue el inspirador de la reforma de la sociedad china hacia una economía capitalista bajo la dirección del partido comunista [N. del E.].

El paso a la sociedad postindustrial

En primer lugar debemos fijarnos en el cambio productivo que afecta a las sociedades occidentales a partir de los años setenta y que se va haciendo cada vez más profundo, rápido y estremecedor en los dos decenios siguientes. Se trata de una transformación determinada por la difusión de las tecnologías microelectrónicas (y después por la digitalización), pero también por la creciente desafección de los obreros industriales al trabajo de fábrica. «Desafección» es una palabra clave para comprender la situación social y la cultura en torno a la que se forma el movimiento del '77. Desafección al trabajo es la fórmula con la que se definía (por parte del *establishment* periodístico, patronal y también sindical) la tendencia de los obreros, sobre todo de los obreros jóvenes, a ponerse enfermos, a coger la baja, a trabajar poco y mal.

Los empresarios señalaban que la desafección era la causa principal de la caída de los índices de productividad. Y de hecho las cosas eran así.

È ora, è ora, lavora solo un'ora.[5]

Lavoro zero, reddito intero/tutta la produzione all'automazione.[6]

Éstos eran los eslóganes que lanzaban a mediados de los setenta los jóvenes obreros autónomos en las fábricas más «extremistas» como Carrozzerie de la Fiat de Mirafiori, el Petrolchimico de Porto Marghera o la Siemens de Milán. Se trataba de eslóganes toscos, elementales. Pero tras ellos se ocultaba un cambio cultural y también una reflexión política nada superficial. El significado de aquellos eslóganes, de aquella desafección, era de hecho el fin de la ética del trabajo y el correspondiente fin de la necesidad social del trabajo industrial. Eran los años en los que la tecnología empezaba a

© se permite la copia

---

5 «Ya es hora, ya es hora, trabaja sólo una hora»

6 «Trabajo cero, sueldo entero/toda la producción a la automatización»

hacer posible una progresiva sustitución del trabajo obrero. Y eran los años en los que el rechazo del trabajo se abría camino en la cultura juvenil y en la teorización de grupos como *Potere Operaio* y *Lotta Continua*, que tenían cierto eco en las fábricas del norte, en especial en 1969-70.

El movimiento de estudiantes y jóvenes proletarios que se difundió en 1977 de las universidades a los círculos del proletariado juvenil y a los barrios, retomaba los eslóganes y la hipótesis del rechazo del trabajo y los convertía en un elemento de separación profunda, traumática frente a la tradición cultural y política de la izquierda.

La ética del trabajo, sobre la que se había fundado la experiencia del movimiento obrero tradicional, empezaba a desmoronarse. En primer lugar, en la conciencia de los jóvenes obreros deseosos de libertad, de ocio y de cultura. A continuación, en las posibilidades tecnológicas mismas del sistema productivo. La reducción del tiempo de trabajo necesario gracias a la introducción de tecnologías automáticas y el proceso de rechazo del trabajo son convergentes y en cierto modo interdependientes. A partir de los años sesenta los obreros de fábrica habían empezado a mostrar una creciente insubordinación sindical, política y de comportamiento. Se difundía el rechazo del trabajo alienado porque la clase obrera de fábrica había empezado a conocer formas de vida más ricas, gracias a la escolarización, a la movilidad, a la difusión popular de la cultura crítica. Después del ‘68, la insubordinación obrera se encontró con el movimiento de los estudiantes y del trabajo intelectual; los dos fenómenos se habían fundido, en algunos casos de forma casi consciente.

© se permite la copia

Rechazo del trabajo industrial, reivindicación de espacios cada vez más amplios de libertad y, por lo tanto, absentismo, insubordinación, sabotaje, lucha política organizada contra los patrones y contra los ritmos de trabajo. Todo esto marcó la historia social de los primeros años sesenta hasta estallar en forma de auténticas insurrecciones pacíficas contra el trabajo industrial, como sucedió en la primavera de 1973, cuando los obreros del automóvil se rebelaron en toda Europa, desde la Renault a la Opel de Russelsheim y de Colonia, hasta la Fiat Mirafiori de Turín, que durante unos

meses fue recorrida por desfiles de jovencísimos obreros con una cuerda roja al cuello que aullaban como indios por las secciones. Los indios metropolitanos, esas hordas de contestatarios culturales que se difundieron por el '77 universitario habían nacido en las secciones de la Fiat, en el rechazo de la miseria asalariada y del embrutecimiento del trabajo industrial. Pero al mismo tiempo se había ido desarrollando la búsqueda de procedimientos productivos cada vez más automatizados, con uso integrado de la microelectrónica y de sistemas flexibles. Los obreros querían trabajar menos y los ingenieros investigaban tecnologías orientadas a reducir el tiempo de trabajo necesario, a automatizar la producción. Entre finales de los setenta y el comienzo de los ochenta ambas tendencias se encontraron. Pero por desgracia, se encontraron bajo el signo de la reacción capitalista y de la revancha antiobrera, y no bajo el signo del poder obrero y la autoorganización. El movimiento obrero no había logrado traducir la protesta obrera en autoorganización del proceso productivo.

Y llegaron los años de la contraofensiva. En lugar de reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario y liberar tiempo de vida del trabajo, el capital logró, en los años de la reestructuración y de la afirmación del neoliberalismo, destruir la organización obrera mediante el despido de las vanguardias. Se iniciaba así la reducción cuantitativa y política de la fuerza obrera. Se iniciaba la contrarrevolución liberal. Pero en el centro mismo de este paso está el movimiento del 77, que se presentó consciente, declaradamente, como un movimiento contra el trabajo industrial.

«*È ora, è ora, lavora solo un'ora*», gritaban los autónomos creativos para responder al eslogan sindical «*È ora, è ora, potere a chi lavora*».[7]

El movimiento del 77 había colocado el no trabajo, el rechazo del trabajo justo en el centro de la dinámica social y de la innovación tecnológica. Sin embargo, no logró traducirlo en una acción política consciente y organizada. La innovación tecnológica trajo consigo una gigantesca reestructuración

7 «Ya es hora, ya es hora, el poder a quien trabaja.»

© se permite la copia

en los años ochenta y noventa. Pero esta reestructuración tuvo un carácter antiobrero, antisocial, y puso en movimiento el proceso de devastación de la sociedad que se aceleró en los años noventa (y que sigue acelerándose). ¿Por qué no fue capaz el movimiento de traducir su vocación social y sus intuiciones culturales en una acción política a largo plazo con el fin de impulsar la autoorganización de la sociedad y del proceso productivo? Ésta es la cuestión sobre la que debemos detenernos.

Dos son las razones por las que el movimiento no fue capaz de traducir su intuición antilaboral en un programa político creíble. La primera razón de esa incapacidad debe buscarse en el carácter íntimamente contradictorio del movimiento, que deriva del hecho de haberse visto a sí mismo y al mismo tiempo como el último movimiento comunista del siglo XX y como el primer movimiento postindustrial, y por tanto, postcomunista. La segunda razón reside en la represión a la que fue sometido: una represión violenta y prolongada, cuyas características deben ser analizadas con mayor profundidad.

Pero veamos las cosas por orden.

Los estudiantes y los jóvenes obreros que se movilizaron en los primeros meses del año 1977, pero que ya llevaban varios años organizándose de mil nuevas formas (centros del proletariado juvenil, radios libres, comités autónomos de fábrica o de barrio, colectivos autónomos en las escuelas, etc.) expresaban comportamientos y necesidades que ya tenían poco que ver con las necesidades y los comportamientos del proletariado industrial tradicional. La reivindicación más fuerte era la existencial. La calidad de la vida, la reivindicación de una existencia realizada, la voluntad de liberar el tiempo y el cuerpo de las ataduras de la prestación de trabajo industrial. Éstos eran los temas fuertes, éstas eran las líneas a lo largo de las cuales se expresaban y se acumulaban la insubordinación y la autonomía. Sin embargo, la representación ideológica predominante en el seno del movimiento era la que llegaba linealmente de los movimientos revolucionarios del siglo XX, de la historia del comunismo de la Tercera Internacional. Aunque el leninismo estuviera muy en cuestión en aquellos años, la idea predominante era la de un movimiento revolucionario

© se permite la copia

destinado a abatir el orden burgués y a construir de alguna manera (bastante imprecisa, por cierto) una sociedad comunista. Este tipo de representación no cuadraba ya con la realidad de movimientos del todo centrados en la conquista de espacios y tiempos, y que se manifestaban cada vez menos en el plano político y cada vez más en el existencial.

El modelo dialéctico (abatir, abolir, instaurar un nuevo sistema) no correspondía en absoluto a la realidad de luchas que funcionaban, por el contrario, como elemento dinámico, como conflicto abierto y como redefinición del terreno mismo de la confrontación, pero que no podían ni pretendían dirigirse hacia una especie de ataque final contra el corazón del Estado, o hacia una revolución destinada a derribar de modo dialéctico el orden. El desfase entre representación ideológica y realidad sociocultural de ese sector al que llamamos entonces proletariado juvenil fue la causa principal de su incapacidad para traducir la acción contestataria en un proceso de autoorganización social a largo plazo, en la creación de laboratorios de experimentación política, cultural, tecnológica. ¿Con qué objetivo nos estábamos movilizando? ¿Para una revolución comunista clásica, para derribar el Estado y la toma final del poder político? Sólo algunos creían que algo así pudiese tener algún sentido, pero de hecho este horizonte político no fue abandonado explícitamente. No se redefinió el horizonte político. El movimiento boloñés fue, en este sentido, el punto de máxima conciencia. Abandonó de forma declarada y polémica el leninismo residual y el modelo historicista de la revolución. Pero no logró ser consecuente hasta el final, hasta el punto de romper (como tal vez debió hacer) sus relaciones con las componentes del movimiento que, por el contrario, insistían, aunque de modo contradictorio, en un proyecto de tipo leninista y revolucionario.

Hubo otra razón decisiva de la puesta en jaque que sufrió el movimiento. Fue la represión que el régimen político del Compromiso Histórico[8] desencadenó contra los estudiantes,

© se permite la copia

8 El PCI llamó Compromiso Histórico a su propuesta de acuerdo con la Democracia Cristiana para reformar conjuntamente la sociedad italiana. Se presentó como una línea contraria a la tradicional de promover un gobierno de izquierda alternativo a la DC, que Berlinguer, secretario general del PCI consideraba condenada al fracaso tras los sucesos de

los obreros autónomos, los jóvenes en general, y después contra los intelectuales, los profesores, los escritores, contra las radios libres, las librerías, contra todo centro de vida intelectual innovadora que existía en el país.

El desconsolador reflujo intelectual que afectó a Italia a principios de los ochenta y que ha devastado el arte, la ciencia, la universidad, la investigación, el cine, y que ha acallado el pensamiento político, se debió precisamente al exterminio cultural que el Estado democristiano-estalinista puso en marcha primero en 1977 y a continuación en 1979.[9]

El movimiento del 77 contenía desde luego una ambigüedad profunda. No era la ambigüedad banal entre violentos malos y creativos buenos. Era la superposición de dos concepciones del proceso de modernización y de autonomización social.

Por un lado, existía el movimiento creativo que ponía en el centro de la acción política los media, la información, el imaginario, la cultura, la comunicación, porque pensaba que el poder se jugaba en esos lugares y no en la esfera de la gran política de Estado o en la gran política revolucionaria.

Por otro, estaba la autonomía organizada, convencida de que el Estado tenía el papel decisivo y que debía oponérsele una subjetividad estructurada de forma política clásica.

Ese movimiento debería haber madurado, reforzado sus estructuras productivas y comunicativas, debía haberse transformado en un proceso generalizado de autoorganización de la inteligencia colectiva. Ese fue el proyecto propuesto al movimiento en junio de 1977 en un número de *A/traverso* bajo el título «*La rivoluzione è finita abbiamo vinto*».[10] La propuesta consistía en construir un movimiento de inge-

© se permite la copia

Chile en 1973. En la práctica se tradujo en una colaboración subalterna del PCI con la DC durante los años de la emergencia o años de plomo, en la represión contra el movimiento social, contra *Autonomia Operaia* y contra las Brigadas Rojas [N. del E.].

9 7 de abril, 21 de diciembre: detenciones en masa de intelectuales ligados a la Autonomía, muchos de los cuales fueron declarados inocentes después de cumplir cinco años de cárcel sin pruebas.

10 «La revolución ha terminado hemos vencido.»

nieros descalzos, en conectar tecnología, ciencia y zonas temporalmente liberadas. Era una visión minoritaria, pero un número creciente de personas, de jóvenes investigadores, de estudiantes y de artistas empezaba a entrever la posibilidad de un proceso de autoorganización del saber y de la creatividad.

Radio Alice y las demás radios del movimiento representaron un primer intento de articular tecnología, comunicación e innovación social. Todo ello aparecía ligado, es cierto, a una retórica de tipo novecentista, a una retórica guerrillera.

Pero lo que estaba en juego era el destino social de la inteligencia tecnológico-científica y de la inteligencia creativa y comunicativa. La conciencia de este paso empezó a formarse en aquellos años.

Aparecen entonces los libros en los que se manifiesta la conciencia de una transición social, tecnológica y antropológica. En 1973 aparece el texto de Daniel Bell *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, mientras Jean–François Lyotard publica en 1978 *La condición postmoderna*. En 1976 Jean Baudrillard escribe *El intercambio simbólico y la muerte*.[11] El movimiento boloñés tuvo, en efecto, una fuerte conexión con los puntos altos de la investigación filosófica, y alimentó a su vez algunos desarrollos de la reflexión en Francia, Alemania y Estados Unidos. Y esa conexión tuvo facetas directamente políticas (como la organización del congreso internacional contra la represión en Bolonia en septiembre de 1977) pero tuvo también, a más largo plazo, facetas de tipo filosófico, interpretativo, conceptual.

© se permite la copia

11 Daniel Bell, *El advenimiento de la sociedad postindustrial: un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza, 1976; Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 1984; y Jean Baudrillard, *El intercambio simbólico y la muerte*, Caracas, Monte Ávila, 1993.

Los *untorelli*

Así pues, 1977 puede ser descrito como el punto de separación entre la época industrial y de las grandes formaciones políticas, ideológicas y estatales, por un lado, y, por otro, la siguiente, la época proliferante de las tecnologías digitales, la difusión molecular de los dispositivos transversales de poder.

En este marco debe entenderse la relación conflictiva entre el movimiento y la izquierda tradicional, cuyos rituales e ideologías eran herencia de la historia pasada de la época industrial. Esta separación pudo parecer una más de las tantas e interminables disputas doctrinarias y políticas dentro del movimiento obrero que llenan su siglo XX.[12] Pero no era así. No se trataba de una de las discusiones dogmáticas en las que se disputaba la hegemonía sobre el movimiento comunista, porque éste se fundaba en premisas que la generación del 77 liquidó en el momento de constituirse como movimiento. En primer lugar, se abandona la premisa según la cual el trabajo obrero es la base de toda identidad política de la izquierda. El 77 se concibe explícitamente como un movimiento postobrero, y rechaza la ética del trabajo que había fundado la historia cultural del movimiento comunista del Novecientos.

Cambia, por lo tanto, el referente subjetivo, pero cambia paralelamente el análisis de la sociedad capitalista, de sus modalidades de funcionamiento. Deleuze propone interpretar la gran transición que se dibuja como la transición de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. Las sociedades disciplinarias son las sociedades modernas descritas por Michel Foucault. Son sociedades en las que se disciplinan los cuerpos y las mentes, se construyen cajas como la fábrica, la cárcel, el hospital, el manicomio, la ciudad monocéntrica. En estas sociedades la represión tiene un

© se permite la copia

12 Empezando por la ruptura de la Primera Internacional, siguiendo con el cisma bolchevique, el conflicto entre la Tercera Internacional y el *Linkskommunismus*, la guerra entre estalinismo y trostkismo en los años 30, y acabando en la ruptura chino–soviética y la guerra entre revolucionarios y reformistas en los sesenta.

carácter institucional y centralizado, y consiste en la imposición de reglas y estructuras estables. La sociedad que va tomando forma en los últimos decenios del siglo XX tiene un carácter completamente diferente de las que, con Foucault, podemos llamar sociedades disciplinarias. Funcionan sobre la base de controles insertos en el propio genoma de las relaciones sociales: automatismos informáticos, tecnológicos, automatismos lingüísticos y financieros.

En apariencia, esta sociedad garantiza el máximo de libertad a sus componentes. Cada uno puede hacer lo que le parece. No hay ya imposición de normas. No se pretende disciplinar los comportamientos individuales ni los itinerarios colectivos. Pero el control está inserto en el dispositivo del cerebro humano, en los dispositivos que hacen posibles las relaciones, el lenguaje, la comunicación, el intercambio. El control está en todas partes, no está políticamente centralizado. El movimiento del 77 percibe este campo problemático, y no es casual que precisamente en esos años se empiece a dibujar con claridad el paso del pensamiento estructuralista al postestructuralista, si podemos llamar así al pensamiento rizomático y proliferante que tiene su expresión más significativa en el Antiedipo de Deleuze y Guattari.[13] Imaginaciones esquizoides sustituyen a las representaciones disciplinares de tipo paranoico. El movimiento del 77 no quiere estar obsesionado con la centralidad política del Estado, del partido, de la ideología. Prefiere dispersar su atención, su acción transformadora, su comunicación por territorios mucho más deshilachados: las formas de convivencia, las drogas, la sexualidad, el rechazo del trabajo, la experimentación de formas de trabajo con motivación ética, la creatividad.

Por todas estas razones ese movimiento escapa definitivamente de la referencia conceptual y política del movimiento obrero de la Tercera Internacional, sea en su variante reformista del PCI, sea en su variante revolucionario-leninista. Ese movimiento no tenía nada que hacer con esas viejas historias. Y sin embargo, aquellas viejas historias le pasaron factura, lo rodearon con sus antiguallas y sus obsesiones.

© se permite la copia

---

13 Gilles Deleuze y Félix Guattari, El *anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós 1985.

El PCI del Compromiso Histórico trató de aislar al movimiento con una estrategia de marginación cultural prolongada. La tradición estalinomaoísta persiguió al movimiento con el terror, la militarización, el chantaje y, al final, con la epidemia del arrepentimiento. Desde este punto de vista hay que decir, sin tantas historias, que 1977 (en especial el boloñés) fue el primer episodio de 1989.[14]

Y es en Bolonia donde se inicia el proceso definitivo de desmantelamiento de la burocracia estalinista que después del Memorial de Yalta de Togliatti en 1964[15] se había reciclado como burocracia reformista sin abandonar su vocación de aplastar la disdencia, de expulsarla, calumniarla, mistificarla, reprimirla. En Bolonia, en marzo de 1977 muchos pensaron que el enemigo principal era el PCI. Los comunistas lo decían con incredulidad, como si fuese un escándalo denunciar su poder.

Pero la dureza de ese enfrentamiento debe entenderse en la perspectiva de un cambio cultural profundo. El movimiento ponía en cuestión los dos pilares sobre los que se había fundado la cultura del partido comunista.

En primer lugar, la ética del trabajo, el orgullo del productor que reivindica profesionalidad, oficio, autogestión. El movimiento oponía a eso el rechazo del trabajo, el absentismo, la desafección y la perspectiva de una progresiva decadencia del valor histórico y productivo del trabajo obrero.

En segundo lugar, el movimiento ponía en cuestión la identificación entre clase obrera y Estado, la adhesión profunda a la institución estatal, considerada por el PCI como un elemento fundamental de la identidad democrática. El

© se permite la copia

14 Año de la caída del muro de Berlín [N. del E.].

15 Palmiro Togliatti, dirigente de la Internacional Comunista y máximo dirigente del PCI desde 1926 hasta su muerte en 1964 en Yalta (Crimea, URSS), dejó formuladas en su testamento político (el llamado Memorial de Yalta) las líneas maestras de su concepción del policentrismo del movimiento comunista internacional (por oposición al liderazgo de la URSS) y de la vía italiana al socialismo por medio de una acción pacífica, de masas, electoral y una política de reformas en el marco de las instituciones de la República Italiana [N. del E.].

movimiento prefería afirmar la obsolescencia tendencial del Estado, su vaciamiento y su progresiva reducción a pura y simple máquina represiva. El fetichismo de la forma–Estado característico del grupo dirigente del PCI estaba además vinculado a la teorización leninista en su versión tercerinternacionalista. Desde luego, Marx no puso al Estado en un pedestal. Fue el partido de Lenin, una vez alcanzado el poder, quien identificó el Estado obrero con el ideal histórico y político del poder obrero. Visto a toro pasado, podemos afirmar que la identificación entre Estado y poder obrero era una de las más profundas mentiras de la teoría y la práctica estalinianas, y una de las huellas más indelebles de la tradición tercerinternacionalista y comunista.

Esta problemática apareció en Bolonia, aunque de forma atenuada y reformada, y la santificación del Estado como forma indiscutible a la que debe ser reconducida toda mediación social estaba lejísimos del espíritu libertario del movimiento. En este sentido, el movimiento (en especial el boloñés) tuvo una doble responsabilidad cultural. Por un lado, contribuyó a reducir la religión estatalista de la izquierda. Por otro lado, abrió el camino, de algún modo, al liberalismo que en los años ochenta se extendió por la cultura y la economía, tras la victoria de Thatcher y Reagan.

Cuando los estudiantes se pusieron a contestar a los mandarines académicos, descubrieron que en buena parte se trataba de mandarines con carnet del PCI. Los jóvenes obreros de la Emilia se encontraron con que sus patrones estaban en muchos casos afiliados al PCI. Cuando los obreros de la Fiat atacaron las políticas patronales y reivindicaron su autonomía, se encontraron enfrente, defendiendo a Agnelli,[16] a Giorgio Amendola, el viejo dirigente estalinista napolitano reconvertido a un reformismo autoritario. Por todas estas razones, el movimiento vio en el PCI un enemigo y no un interlocutor con el que discutir.

En los años anteriores se había insistido mucho, en Italia y en el extranjero, en la naturaleza específica de la experiencia comunista italiana. El PCI era un partido más democráti-

© se permite la copia

16 El gran patrón de la Fiat [N. del E.].

co que sus partidos hermanos de Europa oriental o de Francia. Era cierto, en alguna medida. Había sido cierto desde luego en los años sesenta, antes de la invasión soviética de Checoslovaquia. A finales de los años sesenta se abrió en el PCI una dialéctica cultural que registraba la novedad del movimiento estudiantil. Pero este debate nunca alcanzó a mover a la cúpula, ni a la dirección central, ni a las ideologías fuertes que guiaban al partido-coloso. En los setenta, el PCI se encerró en la torre de marfil de la autonomía de lo político. Tras el golpe de Estado en Chile el entonces secretario general del PCI, Enrico Berlinguer, pensó que no había otro camino que el del compromiso político con la Democracia Cristiana. Cuando vio crecer el movimiento autónomo y, sobre todo, cuando vio que el movimiento atacaba el baluarte boloñés del PCI, reaccionó llamando despectivamente a los contestatarios *untorelli,*[17] y afirmó que éstos jamás lograrían conquistar el bastión boloñés.

Pero la previsión de Berlinguer fue a la larga desmentida por los hechos. El '77 puso en marcha una dinámica de corrosión que se puede leer hoy a la luz de lo que sucedería doce años más tarde, en 1989, en toda Europa. Desde el '77 la afiliación al PCI empieza a declinar de modo inexorable. La izquierda no sabía ver otra cosa que la política, y no supo ver así lo que empezaba a moverse en el vientre profundo de la sociedad. No supo ver las dinámicas culturales profundas que procedían de la cultura americana. Tampoco supo prever las dinámicas tecnológicas y las transformaciones productivas que se derivarían de ellas. En lugar de seguir la evolución de la sociedad, la izquierda se erigió en guardián de la continuidad del sistema político. En ello reside la analogía entre el '77 boloñés y lo que después sería 1989. El '77 fue el anuncio de 1989 precisamente porque reivindicó la autonomía del devenir social molecular (tecnológico, productivo, cultural, comunicativo) frente a la rigidez molar de lo político, del Estado y del partido.

© se permite la copia

17 Nombre con el que se llamaba en las épocas de peste, a las personas a las que se acusaba de contagiar la enfermendad untando las puertas. En sentido figurado, pobre diablo [N. del E.].

Information to the people

*Information to the people*es uno de los eslóganes que nacen del movimiento de la contracultura en la California de los años sesenta. En el caldo de cultivo de la costa occidental de los Estados Unidos crecieron Steve Wozniak y Steve Jobs, fundadores de Apple Computer, y creadores de la filosofía y la práctica que está en la base de la difusión de la informática, el interfaz amistoso, el espíritu de red y el *open source*. El año en el que se registra la marca Apple es, qué casualidad, 1977. En ese año se produce en Italia el estallido de una forma innovadora de comunicación, la de las radios libres y la del uso del directo en las transmisiones radiofónicas. El nacimiento de las radios libres es consecuencia de un acontecimiento jurídico de diciembre de 1974. En ese mes el Tribunal Constitucional italiano estableció la inconstitucionalidad del monopolio estatal del éter, y estableció de forma indirecta el derecho de transmisión para cualquier ciudadano o asociación. El propio Tribunal, en esa misma sentencia, reclamaba la necesidad de una regulación del uso del éter.

En ese vacío legal algunos empezaron a entrever la posibilidad de construir estructuras de información completamente libres, desligadas de cualquier institución estatal o política, y de cualquier interés comercial, económico o especulativo. Y era posible. El coste de instalación de una emisora radiofónica era en esa época irrisorio. Incluso para los estudiantes o los jóvenes obreros era posible conseguir los pocos cientos de miles de liras que hacían falta para comprar un transmisor, un equipo de alta fidelidad y una mezcladora. Fue así como nació *Radio Alice*, la primera radio libre capaz de poner en marcha un proceso de autoorganización creativa y poner a disposición del movimiento un instrumento simple y eficaz de información. *Radio Alice* nació el 9 de febrero de 1976. Desde los primeros días de emisión suscitó una oleada de indignación en la opinión pública bienpensante. *Il Resto del Carlino*, el diario boloñés ultraconformista denunció que «*Radio Alice* emite mensajes obscenos», mientras el PCI insinuaba que detrás de la radio debía haber intereses ocultos. No había ningún financiador. La radio se finan-

© se permite la copia

ciaba con las aportaciones voluntarias de los redactores, que al principio eran una decena y en pocas semanas alcanzaron un número incalculable. No había una programación fija para cada día, salvo un boletín político emitido a horas más o menos regulares y algunas emisiones un tanto peculiares, como las lecciones de yoga por las mañanas y las largas sesiones de música en directo y de poesía que se prolongaban hasta altas horas de la noche.

Radio Alice, como *A/traverso*, la revista maodadaísta que empezó a publicarse en mayo de 1975, fue el signo explícito y declarado de una voluntad del movimiento de salir de los esquemas lingüísticos del movimiento obrero tradicional y de experimentar lenguajes provocadores y directos que se inspiraban en el surrealismo y el dadaísmo, y que proponían técnicas de agitación propias de la cultura hippy: la burla, la ironía, la difusión de noticias falsas, la mezcla de tonos líricos y tonos histéricos en la comunicación política, la mezcla del horizonte histórico con los acontecimientos menores de la vida diaria. Sexualidad y drogas se convirtieron por primera vez en asunto de discusión y activismo. No debemos olvidar que esos son también los años en los que aparecen en la escena cultural, primero en Estados Unidos, después en Europa, el movimiento feminista y el movimiento gay. Son los años en los que el consumo de drogas, hasta entonces un fenómeno absolutamente marginal, se convierte en un elemento característico de las vivencias estudiantiles y juveniles.

Al mismo tiempo, el pensamiento filosófico, en especial en Francia, repiensa en términos de microfísica el horizonte del poder y de la liberación. La subjetividad ya no es identificada en los modos monolíticos propios de la ideología, de la política, de la pertenencia social, sino mediante toda una microfísica de las necesidades, del imaginario, del deseo. La noción de microfísica social fue introducida en la discusión por Michel Foucault y posteriormente desarrollada por Deleuze y Guattari en el *Anti-Edipo*. La noción de sujeto es sustituida por la de subjetivación, para indicar que el sujeto no es algo dado, socialmente determinado e ideológicamente consistente. En su lugar, debemos ver procesos de atracción y de imaginación que modelan los cuerpos sociales, haciendo que actúen como sujetos dinámicos, mutables, proliferantes. La *Historia de la locura* de Michel

© se permite la copia

Foucault, el *Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari y *Fragmentos de un discurso amoroso* de Roland Barthes[18] son libros en torno a los cuales se generó un enorme interés en aquellos años. Estos libros acabaron por convertirse en puntos de referencia del discurso político, a pesar de no tener carácter de programa político. Estos libros proponían un estilo, el estilo nómada, no identitario, flexible pero no integrable, creativo pero no competitivo. El movimiento boloñés alimentó su lenguaje y sus comportamientos con las palabras que salían de aquellos libros y por ello desarrolló con anticipación una idea del movimiento como agente simbólico, como colectivo de producción mediática, como sujeto colectivo de enunciación, por utilizar la expresión de Guattari.

Durante todo el siglo del movimiento obrero, el problema de la producción cultural se había planteado en términos puramente instrumentales, en términos de contrainformación, de restablecimiento de la verdad proletaria contra la mentira burguesa. La cultura era considerada (según las tesis del materialismo histórico) como una superestructura, un efecto determinado por las relaciones de producción. El pensamiento postestructuralista francés puso en crisis esta visión mecánica.

Tomando como referencia la ruptura que significó el postestructuralismo francés, la revista *A/traverso* llevó adelante una dura batalla contra el materialismo histórico y su mecanicismo. *Radio Alice* rechazó siempre ser identificada como un instrumento de contrainformación. Para empezar, *Radio Alice* no era un instrumento. Era un agente comunicativo. No estaba al servicio del proletariado o del movimiento, sino que era una subjetividad del movimiento. Y, sobre todo, no pretendía restablecer la verdad negada, oculta, conculcada o reprimida. No existe una verdad objetiva, que corresponda a una dinámica profunda de la historia. La historia es precisamente el lugar en el que se manifiestan verdades contradictorias, producciones simbólicas todas ellas igualmente falsas e igualmente verdaderas.

© se permite la copia

---

18 Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997; Roland Barthes y Eduardo Molina, *Fragmentos de un discurso amoroso*, Madrid / México, Siglo XXI, 1999.

La lección desencantada de la semiología de Umberto Eco, del postestructuralismo de Foucault y de Deleuze–Guattari se infiltró con fecundidad en las teorías y las prácticas de las radios del movimiento, y poco a poco agrietó el edificio de la ortodoxia. La cultura dejó de ser considerada una superestructura, para entenderse como una producción simbólica que forma el imaginario, es decir, el océano de imágenes, de sentimientos, de expectativas, de deseos y de motivaciones sobre el que se funda el proceso social, con sus cambios y sus virajes.

La batalla del *mediascape*

El movimiento boloñés intuyó con antelación la función decisiva de los media en una sociedad postindustrial. Esta sensibilidad fue mérito, entre otros, del DAMS boloñés,[19] la escuela nacida precisamente en aquellos años en la que enseñaban personas lúcidas como Giuliano Scabia, Umberto Eco o Paolo Fabbri. En cierto sentido podemos decir que el movimiento del '77 fue también un laboratorio de formación para millares de operadores de la comunicación que en los decenios siguientes han participado en la gran batalla de la comunicación desarrollada desde el '77 hasta hoy. Esa batalla ha acabado por sobredeterminar la lucha política, de modo que hoy el rey de la televisión es el rey de la república que, de hecho, es una república monárquica.

Esa batalla ha acabado en desastre. Tras la sentencia del Tribunal Constitucional italiano que hizo posible la libertad de emisión, mientras nosotros hacíamos las primeras radios libres, la izquierda nos advertía, desconfiada: «Ahora vosotros abrís esas pequeñas radios democráticas, pero mañana llegará el gran capital y se adueñará así del sistema mediático». Así sonaba, más o menos, el reproche de la

© se permite la copia

9 El DAMS (Discipline delle Arti, della Musica e dello Spettacolo) nació en 1971 en la Universidad de Bolonia como curso de licenciatura en al Facultad de Filosofía y Letras con el fin de desarrollar una política de sinergias entre lenguajes expresivos no verbales (http://www2.unibo.it/dams/).

izquierda y en especial del PCI. Se pensaba que acabaría por ser Rizzoli, propietario entonces de varias cabeceras de diarios, quien construyese un imperio mediático en el espacio abierto en aquellos años, pero finalmente fue Berlusconi. La brecha abierta por las pequeñas radios libres le permitió crear *Milano cinque* que después se convirtió en *Canale Cinque*. ¿Tenía entonces razón el PCI, que defendía el carácter público de la información y nos ponía en guardia frente a los peligros de la liberalización, que abría el camino al gran capital? No, no tenía razón el PCI, la tenía el movimiento de las radios libres. Porque la libertad de información, además de ser un bien en sí mismo, es también un proceso inevitable, porque no se puede contener el flujo de proliferación de la información. El movimiento había intuido la evolución de las relaciones entre comunicación y sociedad, y habría podido transformarse en un gigantesco laboratorio de producción comunicativa. Ese habría sido el antídoto contra el peligro Berlusconi, el antídoto anticipado contra la ciberdictadura. Pero no sucedió eso. En marzo se produjo una insurrección dramática y al mismo tiempo alegre, en septiembre se produjo el congreso contra las represiones.

Marzo fue colorido y feliz, creativo e inteligente.

Septiembre fue plomizo y rencoroso, ideológico y agresivo

El movimiento había encontrado la calle bloqueada por las tanquetas, y cientos de jóvenes habían acabado en la cárcel. La esperanza de marzo se convirtió en la tenebrosa y desesperada determinación de septiembre.

El terrorismo vino después, y la heroína también. Llegaron para traer la derrota, para eliminar al único adversario posible del ciberfascismo italiano. Hoy escribimos estas páginas en un clima completamente transformado. De momento, y no sabemos hasta cuando, el ciberfascismo habrá ganado la batalla. Personajes ridículos dominan la escena de la política amenazando con posibles desastres.

© se permite la copia

El *mediascape* de hoy (doscientas mil veces más cerrado que el *mediascape* del 77) está estructurado según las mismas líneas de entonces. Había entonces una información completamente controlada, una información de régimen que procedía del púlpito del Compromiso Histórico, de la iglesia católico-togliattiana. Y de golpe aparecieron las radios libres, los panfletos transversales, los indios metropolitanos, los centros del proletariado juvenil, los primeros grupos de videoactivistas. Del mismo modo, la información hoy está completamente controlada, procede de una única fuente como entonces. Un único patrón gobierna los flujos que rocían la mente barroca del pueblo italiano. Pero de golpe ha surgido la innumerable masa de comunicación horizontal que compone Internet, los cien mil nodos de la red Indymedia, la proliferación de *videomakers* por las calles.

Tal vez sea en este terreno, en el de la comunicación, la producción del imaginario, de la formación de los panoramas psíquicos, donde se dibuje una posibilidad de recuperación de una perspectiva civil, política y cultural que permita superar la actual barbarie. Suponiendo que quede algo de humano cuando acabe la tormenta. Algo que no está del todo clara.

El '77 fue, recordémoslo, anticipación e inicio del fenómeno llamado punk, que ha representado el alma más profunda de las culturas juveniles de los años ochenta y noventa. El punk no fue, en realidad, un puro y simple gesto inmediato de revuelta, aunque le encantase presentarse como tal. El punk fue el despertar de la conciencia tardomoderna frente al efecto irreversible de devastación producido por todo aquellos que los movimientos revolucionarios no supieron cambiar, eliminar, destruir.

El punk fue una especie de desesperada y lúcida consciencia de un después sin salvación.

No future, declaró la cultura punk contemporánea de la insurrección creativa de Bolonia y de Roma: «No hay ningún futuro». Aún estamos en ese punto, mientras la guerra más demencial que la humanidad haya conocido destruye las conciencias y las esperanzas de una vida vivible. Estamos aún allí, en el punto en el que nos dejó el congreso de septiembre de 1977.

© se permite la copia

No future sigue siendo, hoy como entonces, el análisis más agudo y el diagnóstico más acertado.

Y la desesperación el sentimiento más humano.

© se permite la copia

Do you remember counterrevolution?[1]

Paolo Virno

¿QUÉ SIGNIFICA LA PALABRA «CONTRARREVOLUCIÓN»?. Por ésta, no debe entenderse sólo una represión violenta –aunque, ciertamente, la represión nunca falte. No se trata de una simple restauración del *ancien régime*, es decir del restablecimiento del orden social resquebrajado por conflictos y revueltas. La «contrarrevolución» es, literalmente, una *revolución a la inversa*. Es decir: una innovación impetuosa de los modos de producir, de las formas de vida, de las relaciones sociales que, sin embargo, consolida y relanza el mando capitalista. La «contrarrevolución», al igual que su opuesto simétrico, no deja nada intacto. Determina un largo *estado de excepción*, en el cual parece acelerarse la expansión de los acontecimientos. Construye activamente su peculiar «nuevo orden». Forja mentalidades, actitudes culturales, gustos, usos y costumbres, en suma, un inédito *common sense*. Va a la raíz de las cosas y trabaja con método.

Pero hay más: la «contrarrevolución» se sirve de los mismos presupuestos y de las mismas tendencias –económicas, sociales y culturales– sobre las que podría acoplarse la «revolución», ocupa y coloniza el territorio del adversario y

© se permite la copia

---

1 *Detournemeaunt*, desvío del conocido texto «Do you remember revolution?» firmado por Toni Negri, Lucio Castellano, Luciano Ferrari Bravo y el propio Virno entre otros, y que proponía, a mediados de los ochenta, una primera lectura de los años intensos de la «revolución italiana», tanto frente a la política de olvido institucional como frente a la visión nostálgica de la violencia armada [*N. del. E.*]

da otras respuestas a las *mismas* preguntas. Reinterpreta a su modo (y las cárceles de máxima seguridad, a menudo, facilitan esta tarea hermenéutica) el conjunto de condiciones materiales que convertirían la abolición del trabajo asalariado en algo simplemente realista: reduce este conjunto a provechosas *fuerzas productivas*. Además, la «contrarrevolución» transforma en pasividad despolitizada o en consenso plebiscitario los mismos comportamientos que parecían implicar el deterioro del poder estatal y la actualidad de un autogobierno radical. Por esta razón, una historiografía crítica, reacia a idolatrar la autoridad de los «hechos consumados», debe esforzarse en reconocer, en cada etapa y en cada aspecto de la «contrarrevolución», la silueta, los contenidos, la cualidad de la revolución posible. La «contrarrevolución» italiana comienza a finales de los años setenta y se prolonga hasta el día de hoy. Presenta numerosas estratificaciones. Como un camaleón, cambia muchas veces de aspecto: «compromiso histórico» entre DC y PCI, craxismo[2] triunfante y reforma del sistema político tras el derrumbe de los regímenes del Este. Sin embargo, no resulta difícil comprender a simple vista los *Leitmotiv* que recorren todas sus fases. El núcleo unitario de la «contrarrevolución» italiana de los años ochenta y noventa consiste: a) en la plena afirmación del modo de producción postfordista (tecnología electrónica, descentralización y flexibilidad de los procesos de trabajo, el saber y la comunicación como principal recurso económico, etc.); b) en la gestión capitalista de la brusca reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario (*part-time*, jubilaciones anticipadas, paro estructural, precariedad de larga duración, etc.); en la crisis drástica y casi irreversible de la democracia representativa. La Segunda

2 Efectivamente Bettino Craxi dio nombre a toda una época y a un determinado «hacer institucional». Líder socialista, presidió el gobierno más largo de la década de 1980 (entre 1982 y 1987), por medio de un pacto de estabilidad entre las fuerzas políticas no comunistas (el *pentapartito*). Indudablemente los años del «craxismo» fueron años de política deflacionista, de control salarial, de extensión de una espectacular corrupción institucional y de introducción de las medidas neoliberales, que fueron la expresión italiana de la dulce derrota «postmoderna»; anuncio temprano del colapso institucional de los viejos partidos en la década siguiente [*N. del. E.*].

© se permite la copia

República[3] hunde sus raíces en esta base material. Constituye el intento de adecuar la forma y el procedimiento de gobierno a las transformaciones ya ocurridas en los lugares de producción y en el mercado de trabajo. Con la Segunda República, la «contrarrevolución» postfordista se dota, en definitiva, de una constitución propia y llega así a buen término.

Las tesis histórico-políticas que siguen a continuación se proponen extrapolar algunos aspectos sobresalientes de los hechos italianos de los últimos quince años. Para ser exactos, aquellos aspectos que provean a la discusión teórica un trasfondo empírico inmediato. Cuando un acontecimiento concreto demuestre tener un valor *ejemplar* (o bien cuando permita presagiar una «ruptura epistemológica» y una innovación conceptual) profundizaremos en él mediante un *excursus*, cuya función es similar, en todos los sentidos, al «primer plano» cinematográfico.

1. El postfordismo, en Italia, ha sido el bautismo del denominado «movimiento del '77», o sea de las duras luchas sociales de una fuerza de trabajo escolarizada, precaria, móvil, que odia la «ética del trabajo», se contrapone frontalmente a la tradición y a la cultura de la izquierda histórica y señala una clara discontinuidad respecto al obrero de la línea de montaje. El postfordismo se inaugura con revueltas.

---

3 Ciertamente aunque formalmente no se ha inaugurado un nuevo régimen constitucional que de acta de fundación a la Segunda República italiana, entre 1989 y 1995 se sucede una cadena de acontecimientos que colapsan totalmente la vida de los principales actores políticos, y condicionan una modificación radical del sistema de partidos. La caída del Muro de Berlín acusa la crisis del Partido Comunista, que finalmente se descompone en dos formaciones: *Refundazione Comunista* y los DS (el Partido de los Demócratas de Izquierda). Más grave por sus consecuencias profundas en la liquidación de la legitimidad de la democracia representativa fueron los procesos de Tangentopoli, que en el verano de 1992 llevaron a la cárcel y a los tribunales a una buena cantidad de líderes del partido socialista y de la Democracia Cristiana, e hicieron aflorar la corrupción estructural de la política italiana. Los procesos determinaron la disolución de los viejos agentes políticos, y la emergencia paradójica de nuevas fuerzas de carácter extremadamente moderno al tiempo que con matices peligrosamente reaccionarios, estas son las Leghe y Forza Italia [*N. del. E.*].

© se permite la copia

La obra maestra de la «contrarrevolución» italiana reside en haber transformado en requisitos profesionales, ingredientes de la producción de plusvalor y fermento del nuevo ciclo de desarrollo capitalista, las inclinaciones colectivas que, en el «movimiento del '77», se presentaban, en cambio, como antagonismo intransigente. El neoliberalismo italiano de los años ochenta es una especie de '77 invertido. Y al contrario: aquella antigua estación de conflictos continúa representando, todavía hoy, la otra cara de la moneda postfordista, la cara rebelde. El movimiento del '77 constituye, por usar una bella expresión de Hannah Arendt, un «futuro a la espalda», el *recuerdo* de aquello que podrían ser las luchas de clase *prossime venture*.

Primer excursus. Trabajo y no-trabajo: el éxodo del '77.

Como ocurre con toda auténtica novedad, el movimiento del '77 padeció la mortificación de verse confundido con un fenómeno de *marginación*. Aparte de sufrir la acusación, más complementaria que contradictoria, de *parasitismo*. Estos conceptos invierten la realidad de forma tan completa y precisa que resultan bastante indicativos. En efecto, quienes tomaron por marginales o parásitos a los «intelectuales descalzos» del '77, a los estudiantes-trabajadores y a los trabajadores-estudiantes, a los precarios de toda calaña, fueron aquellos que sólo consideraban «central» y «productivo» el puesto fijo en la fábrica de bienes de consumo duraderos. Todos aquellos, por tanto, que miraban a aquellos sujetos desde la perspectiva del ciclo de desarrollo en declive. Y que, sin embargo, constituye una perspectiva, ésta sí, con riesgo de marginalidad y también de parasitismo. Por el contrario, en cuanto se atiende, a las grandes transformaciones de los procesos productivos y de la jornada social de trabajo, que se ponen en marcha entonces, no es difícil reconocer en los protagonistas de aquellas luchas de calle algún contacto con el corazón mismo de las fuerzas productivas.

El movimiento del '77 da voz *por un momento* a la composición de clase transformada que comienza a configurarse tras la crisis del petróleo y de la *cassa integrazione* en las grandes

© se permite la copia

fábricas, en el inicio de la reconversión industrial. No es la primera vez, por otra parte, que una revolución radical del modo de producción viene acompañada por una conflictividad precoz de los estratos de la fuerza de trabajo a punto de pasar a ser el eje de la nueva configuración. Basta pensar en la peligrosidad social que, en el siglo XVII, marcó a los vagabundos ingleses, *ya* expulsados del campo y *a punto* de ser introducidos en las primeras manufacturas. O en las luchas de los descualificados americanos, en los primeros diez años de este siglo, luchas que precedieron al giro fordista y taylorista, basado justamente en la descualificación sistemática del trabajo. Cada brusca metamorfosis de la organización productiva, como se sabe, está destinada, en principio, a recordar los afanes de la «acumulación originaria» y debe por ello transformar desde el principio una relación entre «cosas» (nuevas tecnologías, distinta localización de las inversiones, fuerza de trabajo dotada de ciertos requisitos específicos) en una relación social. Pero precisamente en este recorrido se manifiesta, a veces, la cara oculta subjetiva de aquello que después pasa a ser un inexpugnable recorrido de hechos.

Las luchas del '77 asumen como propia la fluidez del mercado de trabajo, haciéndola un terreno de agregación y un punto de fuerza. La movilidad entre trabajadores diferentes y entre trabajo y no trabajo, en lugar de pulverizar, determina comportamientos homogéneos y actitudes comunes, se llena de subjetividad y conflicto. Sobre este panorama, comienza a recortarse la tendencia que después, en los años siguientes, será analizada por Dahrendorf, Gorz y muchos otros: contracción del empleo manual tradicional, crecimiento del trabajo intelectual masificado y paro ligado a la falta de inversiones (causado por el desarrollo económico, no por sus dificultades). De esta tendencia, el movimiento supone la *representación de una parte*, la hace visible por primera vez y, en cierto modo, la bautiza, pero torciendo su fisonomía en sentido antagonista. Decisiva fue, entonces, la percepción de una posibilidad: la de concebir el trabajo asalariado como el *episodio* de una biografía, en lugar de como una *cadena perpetua*. Y la consiguiente inversión de expectativas: renuncia a darse prisa por entrar en la fábrica y mantenerse, búsqueda de cualquier camino para evitarla y alejarla

© se permite la copia

de sí. La movilidad, de condición impuesta, pasa a ser regla positiva y aspiración principal; el puesto fijo, de objetivo primario, se transforma en excepción o paréntesis.

Es a causa de tales tendencias, bastante más que por la violencia, por lo que los jóvenes del '77 se volvieron sencillamente indescifrables para la tradición del movimiento obrero. Ellos transformaron a la inversa el crecimiento del área del no trabajo y de la precariedad en un recorrido colectivo, en una *migración consciente del trabajo de fábrica*. Antes que resistir a ultranza a la reestructuración productiva, se fuerzan límites y trayectorias, en el intento de obtener consecuencias impropias y favorables para sí mismos. Antes que encerrarse en un fortín asediado, abocados a una derrota apasionada, se ensayan las posibilidades de empujar al adversario a atacar fortines vacíos, abandonados previamente. La aceptación de la movilidad se une a la búsqueda de una renta garantizada como una idea de producción más cercana a la exigencia de autorrealización. Es decir, lo que se rompe es el nexo entre trabajo y socialización. Momentos de hermandad comunitaria son experimentados fuera y contra la producción directa. Después, esta socialización independiente se hace valer, como insubordinación, incluso en el lugar de trabajo. Asume un peso decisivo la opción «por la formación ininterrupida», es decir la continuación de la formación académica, incluso después de haber encontrado empleo: esto alimenta la así llamada rigidez de la oferta de trabajo, pero sobre todo hace que la precariedad y el trabajo negro tengan como protagonistas sujetos, cuya red de saberes e informaciones son siempre exorbitantes respecto a las profesiones distintas y cambiantes. Se trata de un exceso no desposeíble, no reconducible a la cooperación productiva dada: su inversión o su derroche están, por lo tanto, ligados a la posibilidad de poblar y habitar establemente un territorio situado más allá de la prestación salarial.

Este conjunto de comportamientos es *obviamente* ambiguo. Es posible leerlo, de hecho, como una respuesta pauloviana a la crisis del Estado asistencial. Conforme a esta interpretación, los asistidos viejos y nuevos bajan al campo de batalla para defender las propias *posiciones*, excavadas de forma diferente en el gasto público. Encarnan aquellos costes ficticios que el empuje neoliberal y anti-*welfare* intenta abolir, o al menos contener. La izquierda puede incluso

© se permite la copia

defender a estos hijos espurios, pero con cierta vergüenza, y condenando de todos modos su «parasitismo». Pero quizás es precisamente el '77 el que ilumina con muchas otras luces la crisis del *welfare state*, redefiniendo de raíz la relación entre trabajo y asistencia, entre costes reales y «costes falsos», entre productividad y parasitismo. El éxodo de la fábrica, que en parte anticipa y en parte imprime otra cara al incipiente paro estructural, sugiere de forma provocadora que en el origen del desorden del Estado asistencial está, si acaso, el desarrollo asfixiante, inhibido, ni tan siquiera modesto, del área del no trabajo. Como si dijéramos: *no es que haya demasiado no trabajo, sino demasiado poco*. Una crisis causada, por lo tanto, no por las dimensiones asumidas por la asistencia, sino por el hecho de que la asistencia se amplía, en su mayor parte, bajo la forma de trabajo asalariado. Y, viceversa, por el hecho de que el trabajo asalariado se presenta, desde un cierto momento en adelante, como asistencia. Además, las políticas de pleno empleo en los años treinta ¿no habían surgido justamente con la consigna «cava agujeros y luego rellénalos»?

El punto central (que se manifiesta en el '77 en forma de conflicto y, después, durante los años ochenta, como paradoja económica del desarrollo capitalista) es el siguiente: el trabajo manual atomizado y repetitivo, a causa de sus costes inflacionistas y sin embargo rígidos, muestra un carácter no competitivo respecto a la automatización y, en general, a la nueva secuencia de aplicaciones de la ciencia sobre la producción. Muestra la cara de *coste social excesivo*, de asistencia indirecta, encubierta e hipermediada. Pero hacer de la fatiga física algo radicalmente «antieconómico» es el extraordinario resultado de décadas de luchas obreras: no hay, en realidad, nada de qué avergonzarse. De este resultado, repetimos, se apropia por un momento el movimiento del '77, señalando a su modo *el carácter socialmente parasitario del trabajo bajo patrón*. Es un movimiento que se sitúa, en muchos sentidos, a la altura de la *new wave* neoliberal, ya que busca otra solución para los mismos problemas con los que ésta se enfrentará más tarde. Busca y no encuentra, implosionando rápidamente. Pero pese a haberse quedado en estado de síntoma, aquel movimiento representó la única reivindicación de una vía alternativa en la gestión del fin del «pleno empleo».

© se permite la copia

2. La izquierda histórica, después de haber contribuido a la aniquilación (también en el sentido militar del término) de los movimientos de clase y a la primera fase de la reconversión industrial, se fue quedando progresivamente fuera de juego. En 1979, el gobierno de los «acuerdos amplios», también denominado gobierno de «solidaridad nacional», apoyado sin reservas por el PCI y por su sindicato, llegó a su fin. La iniciativa política quedó completamente en manos de las grandes empresas y de los partidos de centro.

Siguiendo un guión clásico, las organizaciones obreras reformistas fueron cooptadas por la dirección del Estado dentro de una *fase de transición*, caracterizada por un «ya no» (ya no rige el modelo fordista-keynesiano) y por un «todavía no» (todavía no se da un pleno desarrollo de la empresa en red, del trabajo inmaterial, de las tecnologías informáticas), en la cual se trataba de contener y reprimir la insubordinación social. Por consiguiente, tan pronto como el nuevo ciclo de desarrollo se puso en marcha, tan pronto como el obrero-masa de la cadena de montaje perdió definitivamente su propio peso contractual y político, la izquierda oficial se convirtió en un lastre inútil, que había que quitarse de encima lo más pronto posible.

El declive del PCI tiene su origen en los últimos años setenta. Se trata de un acontecimiento «occidental», italiano, conectado con la nueva configuración del proceso laboral. Sólo a causa de una ilusión óptica se puede llegar a pensar que este declive, que en 1990 conducirá a la disolución del PCI y al nacimiento del Partido democrático de la izquierda (PDS), fue producido por la conflagración del «socialismo real», es decir, por la inmediatamente sucesiva caída del Muro.

La sanción simbólica de la derrota sufrida por la izquierda histórica tuvo lugar, en realidad, a mediados de los años ochenta. En 1984, el gobierno dirigido por Bettino Craxi abolió el «punto de contingencia», es decir, el mecanismo de adecuación de los salarios a la inflación. El PCI convocó un referéndum para restablecer esta importante conquista sindical de los años setenta. Lo convocó y, en 1985, lo perdió estrepitosamente. La consecuencia de esta debacle fue que, a partir de ese momento, el partido y el sindicato asumieron posiciones «realistas», es decir, de colaboración con el

© se permite la copia

gobierno, en lo que se refiere a salario y jornada de trabajo. Desde 1985 en adelante, desapareció toda tutela «socialdemócrata» o «sindicalista» de las condiciones materiales del trabajo dependiente. La clase obrera postfordista tendría que vivir sus primeras experiencias sin poder contar en ningún momento con un partido «propio» o con un sindicato «propio». Nunca había ocurrido algo así en Europa desde los días de la primera revolución industrial.

Segundo excursus. Los cambios en la Fiat en los años ochenta.

En la Fiat, entre dos décadas, se deja ver con ejemplar nitidez la feroz «dialéctica» entre la espontaneidad conflictiva de la joven fuerza de trabajo, el PCI y la empresa a punto de cambiar su fisionomía. El microcosmos Fiat anticipa y compendia la «gran transformación» italiana. Es un acto único dividido en tres escenas.

Primera escena. En julio de 1979, la Fiat está bloqueada por una huelga «indefinida» que, en muchos aspectos, se asemeja a una verdadera ocupación de la fábrica. Es el momento culminante de la contienda por el convenio integral de empresa. Pero, sobre todo, es el último gran episodio de la ofensiva obrera de los años setenta. Sus protagonistas absolutos son los diez mil nuevos «contratados», que han comenzado a trabajar en la Fiat a partir de los últimos dos años. Se trata de obreros «extravagantes», que se parecen en todo –mentalidad, costumbres metropolitanas, escolarización– a los estudiantes y a los precarios que habían llenado las calles en el año '77. Los nuevos «contratados» se habían distinguido hasta aquel momento por un continuo sabotaje de los ritmos de trabajo: la «lentitud» era su pasión. Con el bloqueo de la Fiat, intentaron reafirmar la «porosidad» o elasticidad del tiempo de producción. El sindicato y el PCI los rechazan, condenando abiertamente su desafección al trabajo.

Segunda escena, en otoño de 1979, la dirección de Fiat prepara la contraofensiva despidiendo a 61 obreros, jefes históricos de la lucha de la sección. Pero, ojo, no los despide aduciendo como pretexto cualquier motivo empresarial. La razón de la medida es la presunta connivencia de los 61 con

© se permite la copia

el «terrorismo». Poco importa que los jueces no hayan encontrado elementos concretos para proceder contra los «sospechosos». La empresa lo «sabe», y esto basta. La cuestión de los 61 está en perfecta sintonía con los gobiernos de «solidaridad nacional», con la equiparación realizada por ellos entre las luchas sociales extrainstitucionales y la subversión armada. El PCI y el sindicato avalan la decisión de la Fiat, limitándose a algún «distingo» formal.

Tercera escena. Un año mas tarde, en otoño de 1980, la Fiat pone sobre la mesa un plan de reestructuración que prevé 30.000 despidos. Se desmantela la fábrica fordista, la Mirafiori se convierte en una referencia de arqueología industrial. Siguen 35 días de huelga en los cuales el PCI, ya fuera del gobierno, emplea a fondo su fuerza organizativa. El secretario del partido, Enrico Berlinguer, da un mitin a las puertas de la Fiat, que, después, en los años siguientes, se mantendrá como un «objeto de culto» para los militantes de la izquierda oficial. *Pero ya es demasiado tarde*. Al avalar la expulsión de los 61 y, mucho antes, oponiéndose y reprimiendo la lucha espontánea de los nuevos contratados, el PCI y el sindicato destruyeron la organización obrera en la fábrica. Como si dijésemos: cortaron la rama sobre la que también ellos, a pesar de todo, estaban sentados. Solo una historiografía que desee confundir las cosas puede indicar que los «35 días» son la confrontación decisiva, el acontecimiento que señala el cambio de vertiente: en realidad, todo se jugó con anterioridad, entre 19'77 y 1979. Esta vez, para ganar la contienda, la Fiat puede contar con una base de masas: los cuadros intermedios, los jefecillos, los empleados. Los cuales organizan, en octubre de 1980, una manifestación en Turín contra la prolongación de la huelga obrera. Y obtienen un éxito inesperado: desfilan 40.000 personas. El plan de reestructuración de la Fiat es aprobado.

3. Entre los años 1984 y 1989, la economía italiana conoce su pequeña «edad de oro». Suben ininterrumpidamente los índices de productividad, crecen las exportaciones, la Bolsa manifiesta una larga «efervescencia». La «contrarrevolución» levanta el estandarte tan querido entonces por Napoleón III después de 1948: *enrichissez-vous*, enriqueceos.

© se permite la copia

Los sectores arrastrados por el boom son la electrónica, la industria de la comunicación (son los años en los que se agiganta la Fininvest[4] de Berlusconi), la química fina, el textil «postmoderno» tipo Benetton (que organiza directamente la comercialización del producto), las empresas que suministran servicios e infraestructuras. La propia industria del automóvil, después de ser agilizada y reestructurada, acumula durante algunos años ganancias excepcionales.

Cambia profundamente la naturaleza del mercado laboral. La ocupación goza de menor institucionalización y, sobre todo, de menor duración. Se amplia desmesuradamente la «zona gris» del semiempleo, del trabajo intermitente, del frecuente cambio entre superexplotación e inactividad. Disminuye, en conjunto, la demanda de trabajo industrial. Cuando Marx hablaba de «superpoblación» o de «ejercito salarial de reserva» (en resumidas cuentas, de los parados), distinguía tres clases: la superpoblación *fluida* (diríamos hoy: *turn over*, jubilación anticipada, etc.); *latente* (allí donde puede intervenir en cualquier momento la innovación tecnológica para esquilmar el empleo); *estancada* (trabajo negro, «sumergido», precario). Ahora bien, se podría decir que, a partir de la mitad de los años ochenta, los conceptos con los que Marx analiza el «ejercito industrial de reserva» resultan adecuados, en cambio, para describir el modo de ser de la propia clase obrera ocupada. Toda la fuerza de trabajo realmente empleada vive las condiciones estructurales de la «superpoblación» –fluida, o latente, o estancada. Es siempre, potencialmente, superflua.

Por otra parte, cambia radicalmente el concepto de «profesionalidad». Lo que ahora se valora –y se demanda– en el trabajador individual no son ya las virtudes que se adquieren en el lugar de trabajo, por efecto de la disciplina industrial. Las competencias verdaderamente decisivas para realizar de la mejor manera las tareas laborales postfordistas son

© se permite la copia

4 Se trata del principal grupo italiano bajo control de Berlusconi, comprende fundamentalmente un poderoso holding de empresas de telecomunicaciones, entre las que se encuentran las principales televisiones privadas italianas, aparte de numerosos diarios y algunos de los polos editoriales más importantes. Fininvest ha sido sospechoso en numerosas ocasiones de prácticas fraudulentas [*N. del. E.*].

las que se adquieren fuera de la producción directa, en «el mundo de la vida». Dicho de otra manera, la «profesionalidad» ahora, no es otra cosa que la socialidad genérica, la capacidad de establecer relaciones interpersonales, la aptitud para controlar la información e interpretar los mensajes lingüísticos, la adaptabilidad a las reconversiones continuas e imprevistas. Es así como *se puso a trabajar* al movimiento del '77: su «nomadismo», el desapego por un puesto fijo, una cierta capacidad autoempresarial, y hasta el gusto por la autonomía individual y por la experimentación, todo esto confluye en la organización productiva capitalista. Baste pensar, a título de ejemplo, en el gran desarrollo que, en Italia, durante los años ochenta, ha tenido el «trabajo autónomo», es decir el conjunto de las microempresas, muchas de ellas poco más que familiares, puestas en marcha por extrabajadores dependientes. Este «trabajo autónomo» es, verdaderamente, la continuación de la migración del régimen de fábrica comenzada en el '77: pero esto está estrechamente subordinado a las exigencias variables de las grandes empresas; mas aún, es el modo específico con el que los mayores grupos industriales italianos descargan parte de sus costes de producción fuera de sus propias empresas. El trabajo autónomo coincide casi siempre con tasas de autoexplotación formidables.

4. El Partido socialista (PSI) dirigido por Bettino Craxi (jefe del gobierno desde 1983 a 1987) es, durante un periodo de tiempo nada despreciable, la organización política que mejor entiende e interpreta la transformación productiva, social y cultural que está teniendo lugar en Italia.

En los últimos años setenta y en los primeros de la década siguiente, el PSI, para garantizar su propia supervivencia, dirige una especie de guerrilla contra el llamado «consociativismo», o sea contra el acuerdo preventivo y sistemático que, sobre todas las principales cuestiones legislativas y de gobierno, tendían a establecer entre sí los dos mayores partidos italianos, la DC y el PCI. Por esto, durante el secuestro de Aldo Moro por las Brigadas Rojas, Craxi se opone a la línea de «firmeza» (propuesta por el PCI y aceptada por la DC), y apoya, por el contrario, una

© se permite la copia

negociación con los terroristas para salvar al rehén. Y ésta es también la razón de que el PSI constituya un freno contra las leyes especiales sobre orden publico, la lógica de la emergencia y la restricción de las libertades para permitir la represión de las formaciones armadas clandestinas. Para desvincularse del compromiso sofocante de sus *partners* mayores (DC y PCI, precisamente), el Partido Socialista aparece como una tribu política reacia a adorar la razón de Estado. Los idólatras no se lo perdonaron nunca. En compensación, algunas de sus posiciones libertarias hicieron que el PSI ganara cierta simpatía por parte de la franja de extrema izquierda y de las figuras sociales que florecen en el archipiélago del '77.

Durante algunos años, el PSI logra ofrecer una representación política parcial a los estratos de trabajo dependiente que fueron el resultado específico de la reconversión productiva capitalista. En particular, influye y atrae a la intelectualidad de masas, es decir, a aquellos que actúan productivamente teniendo por instrumento y materia prima el saber, la información, la comunicación. Entendámonos: al igual que en otro tiempo, o bajo otros cielos, se han visto partidos reaccionarios de campesinos y de parados (baste pensar en el movimiento populista americano de finales del siglo pasado), así, en los años ochenta italianos, el PSI es el partido reaccionario de la intelectualidad de masas. Esto significa que establece una vinculación efectiva con la condición, la mentalidad, los deseos, los estilos de vida de esta fuerza de trabajo, pero curvando todo ello *a la derecha*. La vinculación es indudable e la curvatura es inconfundible: si se ignora uno de estos dos aspectos, no se comprende absolutamente nada.

El PSI organiza las capas altas (por status y por renta) de la intelectualidad de masas contra los restos del trabajo dependiente. Articula, en un nuevo sistema de jerarquías y de privilegios, la prominencia del saber y de la información en el proceso productivo. Promueve una cultura en la que «diferencia» se convierte en sinónimo de desigualdad, arribismo, avasallamiento. Alimenta el mito de un «liberalismo popular».

© se permite la copia

5. A diferencia de lo que ha ocurrido en Francia y en Estados Unidos, en Italia el denominado pensamiento «postmoderno» no ha tenido ninguna consistencia teórica, sino sólo un significado *político* directo. Para ser exactos, ha sido un pensamiento en parte consolatorio (ya que ha tratado de justificar la necesidad de la derrota de los movimientos de clase al final de los años setenta), en parte apologético (porque no se ha cansado de elogiar el estado actual de cosas, alabando las *chances* inherentes a la «sociedad de la comunicación generalizada»).

El pensamiento postmoderno ha ofrecido una ideología de masas a la «contrarrevolución» de los años ochenta. La charlatanería sobre «el fin de la historia» ha producido, en Italia, una eufórica resignación. El entusiasmo indiscriminado por la multiplicación de las formas de vida y de los estilos culturales ha sido una minúscula metafísica *prêt-à-porter*, completamente funcional para la empresa en red, para la tecnología electrónica, para la precariedad perenne de las relaciones de trabajo. Los ideólogos postmodernos, a través de su frecuente incidencia en los media, han desempeñado un papel de dirección ético-política inmediata sobre la fuerza de trabajo postfordista, sustituyendo a veces la influencia tradicional de los aparatos de partido.

Tercer excursus. La ideología italiana.

En los años ochenta, las ideas dominantes se han expresado en mil dialectos, han sido múltiples, diferenciadas, a veces ásperamente polémicas las unas con las otras. La victoria capitalista de finales de la década anterior ha dado pié al más desenfrenado pluralismo: «delante hay sitio», como aparece escrito en los autobuses. Pues bien, hablar de «ideología italiana» significa nada menos que reconducir este desmenuzamiento ufano de sí a un baricentro unitario, con sólidos presupuestos comunes. Significa interrogarse sobre los entresijos, las complicidades, la complementariedad entre posiciones aparentemente lejanas.

© se permite la copia

¿Qué es lo que hace que la cultura italiana parezca un portal de Belén, con tanto burrito, rey mago, pastores, sagrada familia –máscaras diversas de un mismo espectáculo– Sobre todo un aspecto: la tendencia difusa a hacer naturales las dinámicas sociales. Una vez más, la sociedad ha sido representada como una segunda naturaleza dotada de leyes objetivas inapelables. Sólo que, y este es el punto verdaderamente notable, a las actuales relaciones sociales se aplican los modelos, las categorías, las metáforas de la ciencia postclásica: la termodinámica de Prigogine en lugar de la causalidad lineal newtoniana; la física de los quanta en lugar de la gravitación universal; el biologismo sofisticado de la teoría de los sistemas de Luhmann en vez de la fábula de las abejas de Mandeville. Se interpretan los fenómenos historico-sociales de acuerdo con conceptos como la entropía, los fractales, la autopoiesis. Para hacer la síntesis se utiliza el principio de indeterminación y el paradigma de la autoreferencialidad.

La ideología posmoderna italiana presupone el empleo sociológico de la física cuántica, la interpretación de las fuerzas productivas como movimiento causal de las partículas elementales. Pero ¿de dónde nace esta renovada inclinación a considerar la sociedad como un orden natural? Y sobre todo: si los aplicamos a las relaciones sociales, ¿de qué tipo de extraordinarias transformaciones son síntoma y mistificación, a un mismo tiempo, estos conceptos indeterministas y autorreferenciales de las ciencias naturales modernas? Se puede aventurar una respuesta: la gran innovación, subtendida por esta reciente y muy específica naturalización de la idea de sociedad, se refiere al papel del trabajo. La opacidad que parece envolver los comportamientos de los individuos y de los grupos deriva de la pérdida de peso del trabajo (industrial, manual, repetitivo) en toda la producción de la riqueza, así como en la formación de la identidad de los individuos, de las imágenes del mundo, de los valores. A esta «opacidad» se adapta bien una representación indeterminista. Cuando el tiempo de trabajo decae de su función de principal nexo social, resulta imposible precisar la posición de los corpúsculos aislados, su dirección, el resultado de sus interacciones.

© se permite la copia

Por el contrario, para la mayor parte de la cultura «oficial», el movimiento del '77 fue un fenómeno asimilable al futurismo de Marinetti, en tal grado que fue rápidamente etiquetado, por analogía, como un movimiento reaccionario, con la misma voluntad de experimentación artística y lingüística que por ejemplo autores como Céline o Pound.

Tampoco el *Grupo '63*, con la excepción de Nanni Balestrini, normalmente proclive a apoyar las vanguardias culturales de la izquierda, sostuvo el movimiento creativo de los estudiantes, al contrario, se opuso con virulencia, puesto que las posiciones políticas de sus miembros eran próximas al PCI.

El sentido inicial de la ironía y de la imaginación fueron deformados y malinterpretados como una conspiración, o según el término más utilizado en los primeros meses del '77 por los intelectuales próximos al PCI, como un complot:

> La cultura nacional, que nunca tuvo vocación por la ironía, manifestaba una completa falta de espíritu. La tendencia a cambiar las palabras por la realidad, las imaginaciones por la realidad, a tomarse todo al pie de la letra, domina tanto la cultura católica como la comunista. El movimiento dio la vuelta a la situación: se afirmó una realidad delirante, se construyeron discursos e imaginarios según un principio de proliferación. Cada lugar de enunciación proyectaba su mundo imaginario otorgándole una realidad exclusivamente comunicativa. El poder respondió interpretando aquellos imaginarios como conspiración. Registraron entonces todas aquellas casas, y encontraron millones de folletos enloquecidos, entre los cuales perdieron la cabeza (N. Balestrini y Primo Moroni, *La horda de oro*).

© se permite la copia

A las primeras señales de radicalización de la situación, tanto por parte del núcleo duro y extremista de la *Autonomia Operaia*, como por parte del Estado que respondió ciegamente y de forma uniforme a este exceso de violencia y protesta, el ala creativa fue presa de una improvisa e irreversible afasia.

Los síntomas de este malestar se notaron en la revista *Identikit del subversivo*, que criticó el aspecto monolítico que iba tomando el movimiento. La represión que se libró sobre las organizaciones de la izquierda extra parlamentaria y de

los grupos que tomaron parte en la protesta, a partir del mes de marzo, golpeó también a todo segmento de la cultura del movimiento juvenil del '77, particularmente a sus estructuras de información. Numerosas editoriales (entre ellas *Bertani* y *L'Erba voglio*) fueron clausuradas. Durante esta represión sistemática que duró casi tres años, una cantidad impresionante de materiales fue secuestrada y nunca devuelta. Gran parte de los militantes, en ocasiones simples simpatizantes, fue encarcelada, a partir de testimonios y pruebas más o menos verdaderas y contrastables.

La densísima red de comunicación del movimiento quedó circunscrita dentro de sus estructuras. No supo, quizás por falta de elaboración teórica y organizativa, o no quiso, por ideal subversivo, relacionarse, ni integrarse en la red informativa del resto de la sociedad.

Las estructuras y la comunicación del ala creativa

Introducción

La comunicación fue sin duda la preocupación central de la parte creativa del movimiento del '77. Por esta razón se asistió a una gran generación creativa, lo cual dificulta una reconstrucción fiel de la notable cantidad de producción en audio y en papel.

Además, la corta vida de las experiencias (la mayoría de las revistas y de los fanzines no pasaron del número uno, o cero, según la numeración más común en el '77), el escaso volumen de producción de las publicaciones y la anárquica red de distribución, sólo permiten establecer un mapa impreciso de las innumerables publicaciones.

Lo que sigue se propone definir y delinear esta inmensa producción de materiales, según las distintas áreas, no tanto en el plano geográfico, ni en el ideológico, sino en el de las temáticas y de los grupos que las desarrollaron.

© se permite la copia

Los años setenta: premisas e influencias

La asimilación del lenguaje de vanguardia por parte de los creativos del movimiento del ’77, no hubiera sido posible sin el precedente del movimiento estudiantil y obrero del ’68. Experiencias contraculturales como la *Beat Generation*, la facción negacionista y más en general el *underground* se encuentran en las diferentes publicaciones de la primera mitad de los años setenta, que marcaron también un intenso periodo artístico, que involucró a sectores enteros de la cultura antagonista de la izquierda. Para encarar este desordenado y considerable desarrollo de producción literaria, figurativa, poética, teatral, fueron creadas estructuras adecuadas, como nuevas editoriales (Erba Voglio, Squi/libri...), galerías de arte, asociaciones...

Entre las revistas más difundidas, cabe recordar *Re Nudo* [rey desnudo], *A/Traverso*, *Pantere Bianche*, *Robinud* (del área situacionista), *Hit*, *Internazionale situazionista*, *Poesia metropolitana*, e di *Puzz*, creada y dirigida por Max Capa.

Es a partir de este humus, en el plano cuantitativo y también cualitativo, por lo que en el ’77 se asistió a una verdadera explosión artística, que confirió al movimiento su fisonomía, consistente en la búsqueda absoluta de la novedad, de la trasgresión de los códigos (lingüísticos, artísticos...), de la subversión, del no conformismo, el anti-academicismo de una vanguardia cultural de masas.

Los medios de comunicación

© se permite la copia

a) Las revistas

A/Traverso. La revista boloñesa, nacida en 1975, por iniciativa del colectivo homónimo, anticipó, de alguna forma, la experiencia cultural que indujo el movimiento del ’77. En 1976, el colectivo *A/Traverso* (Franco Berardi, Stefano Saviotti, Luciano Capelli, Claudio Cappi, Paolo Ricci, Guerrino Matteo, Mauricio Torrealta, Marzia Bisognin)

escribió un libro (*Alice é il diavolo sulla strada di Majakovskij*, L'Erba-voglio), de notable importancia como fuente teórica para el ala creativa del movimiento de los estudiantes y que llegó a la escena pública al año siguiente.

En este libro se abordaron temáticas, luego retomadas y desarrolladas por el movimiento, como la búsqueda de nuevas formas de lenguaje (de Antonin Artaud y de su teoría del lenguaje corporal), el problema de la separación de arte y vida en el proceso revolucionario, de lo privado y el rol del individuo (social y político) del deseo (teorías del deseo de Deleuze y Guattarí) en la sociedad italiana, de la inteligencia técnico-científica y de su lugar en relación con el poder político, económico e industrial. Las múltiples raíces culturales del grupo *A/Traverso* fueron recopiladas en clave marxista y subversiva, en la óptica de la liberación del trabajo manual del tiempo (teoría del Marx de los *Grundrisse*) y en la ideación, en parte utópica e ideal, del socialismo real. En 1977, la revista *A/Traverso* fue el modelo gráfico, reconocido y copiado, sobre todo por sus cabeceras (*Collages*, escritos manuales, *Calligrammes*, la barra separadora). Según la teoría del psicoanalista Jacques Lacan, retomando de Ferdinand de Saussure, esta cabecera favorecería la puesta en acción de un nombre inicialmente estático, e institucionalizaría «la posición del significante y del significado como orígenes distintos y separados por una barrera».

La influencia situaccionista se tradujo en el uso sistemático del juego, en la técnica del *detournement* y en la práctica de la ironía, que fueron constantes en las revistas creativas del movimiento del '77. Por ejemplo, en la revista romana *Gandalf il viola*, la ironía se concretó a través de falsos de periódicos de verdad, con citas y publicidad reales.

En el área del grupo *A/Traverso*, fueron creadas muchas revistas, entre las cuales merece recordar *Il corrispondente operaio* y *La Rivoluzione.*

© se permite la copia

Zut. Revista dada-situacionista romana, publicada por primera vez en octubre de 1976, fue principalmente realizada por Ángelo Pasquini, Piero Lo Sardo y Mario Canale. Se caracterizó por el uso de la parodia y de la paradoja, presentes en

numerosas referencias a la cultura de los indios y al dadaísmo, y por su especial atención por el arte y las nuevas formas de poesía metropolitanas.

Sus temáticas preferidas fueron la abolición de la escuela, la liberación de la inteligencia del peso de la disciplina y de la obligación escolástica (esto es, una oposición categórica a toda forma de academicismo) y la desintegración de los viejos modelos de estructuras sociales (la familia, la administración, los partidos políticos...).

El grupo *Zut* creó, durante 1977, el CDNA, el Centro de Difusión de Noticias Arbitrarias. Mediante la difusión de noticias falsas y completamente inventadas, que a veces produjeron eventos reales, se revitalizó la ironía de los grupos transversalistas y parodistas. Otra iniciativa, mas o menos similar, fue la creación del *Centro per l'Abolizione del Lavoro Manuale, il CALMA,* con la asociación de *Zut* y el colectivo *A/Traverso*. Este nuevo colectivo propuso la abolición del trabajo, declarado inútil, y también la necesidad de una toma de conciencia general y ciudadana frente a la miseria social y a los problemas del medio ambiente. La acción mas significativa del *CALMA* fue, sin duda, el articulo que apareció en junio de 1977 en las revistas *Zut* y *A/Traverso* en el que se declaró, con un poco de ironía y mucha amargura: «La revolución ha terminado, hemos vencido».

Oask?! Periódico que parte del area de *Lotta Continua* y fanzine de los indios metropolitanos romanos. Era una gran página única, formado por *collages* de textos colectivos pegados en todas las direcciones. En la forma grafica y en el contenido de *Oask?!*, y en general en la mayoría de las revistas producidas por el movimiento, se puede encontrar una fuerte influencia de lo mágico y del cuento infantil, de los tebeos de los años sesenta y sobre todo setenta, y de la experiencia lúdico-dadaísta de la revista *Wow.* En el área de *Oask?!*, nacieron en 1977, la revista napolitana *Wam*, las romanas *Abat/Jour*, *Strippo teorico*, *Brescia, Senza Famiglia, Materiali* y el colectivo activista y politizado *Rizoma*...

© se permite la copia

Wow. La acción política y contracultural de los *Circoli del proletariato giovanile* produjo en 1976 una revista totalmente nueva, *Viola.* Ésta se hizo portadora de la rabia y de la desesperación y también de los *nuovi bisogni* de la juventud que poblaba el *hinterland* milanés. El malestar y la precariedad social desembocaron en la creación de una contracultura *underground*, con referencias y herencias culturales poco convencionales, que rechazó toda forma de agregación o identificación con la cultura oficial.

Cercana a *Viola*, nació en marzo de 1977, la revista *Wow* (creada por Dario Fiori). Se presentó como «*il foglio dei circoli del proletariado giovanile in decomposizione*». *Wow* estuvo muy atenta a la escritura simultánea y automática, retomó las teorías de Tzara y de los surrealistas, acerca de la función bloqueadora y autoritaria de la tipografía tradicional y las formas ideales de escritura en armonía con la liberación de la creatividad. En realidad, *Wow* retomó las temáticas tradicionales de las vanguardias futuristas, dada, y algunos principios fundamentales de la filosofía de Nietzsche.

El sin sentido y la paradoja que brotaron en *Wow* y *Zut* y en otros periódicos emergieron también en la revista napolitana *Pasquale*, que se definió como «*foglio/a caduto/a per caso*» y utilizó el género demencial y numerosas referencias a los infantilismos de Tzara, descritos como «antídotos a la normalidad inteligente del hombre lógico y racional».

Las otras revistas

Lotta Continua**.** El diario de la desaparecida organización de la Nueva Izquierda, Lotta Continua, fue el mayor órgano impreso y de comunicación del movimiento, aunque fue duramente criticado desde dentro, sobre todo por la Autonomía, que la llamó irónicamente *Lottantina*.

Cuando en julio, los intelectuales franceses publicaron su llamamiento, lo hicieron en las páginas de *Lotta Continua*.A pesar de esto, la orientación del diario no fue eminentemente política. En efecto se destinaron amplios espacios a la palabra y la expresión de la parte creativa. El tebeo *Mauricio*

© se permite la copia

y Pablo, los cuentos de Marlowe de Ángelo Pasquini o el especial satirico *L'Avventurista*, testifican la presencia creativa, representada en sus distintas formas de expresión artística.

b) La música

El movimiento del '77 siguió el rastro de la efímera estación del rock demencial y favoreció la experimentación lingüística sin buscar una creatividad puramente musical. En el área de *Radio Alice*, nació el *Harpo's Bazar*. Esta nueva compañía produjo una colección de audio, cuyo único objetivo era constituir un archivo del movimiento boloñés y dar un espacio de expresión a las variadas formas de experimentación musical. La mayor parte de la producción fue compuesta por audio-montajes, tomados de los sonidos/mensajes de la emisora boloñesa, y también una corriente de neo-músicos (Armonici, Improvvis-azione, Recitativa), próxima a las reivindicaciones políticas del movimiento, que sin embargo no supo ir más allá de la critica musical en contra de la nueva canción de autor y se apagó rápidamente después del fin del movimiento del '77.

Según el estudioso y archivista Marco Grispigni, en las radios se podía encontrar «la ruptura cultural que en Londres, el verano anterior, se había expresado musicalmente en el punk». La acción de los grupos Area, Stormy Six..., próximos al movimiento, se confundió completamente con la acción política.

© se permite la copia

c) La estación de las radios libres

En junio de 1976, una sentencia de la corte constitucional dictaminó la libertad de antena. Así se rompió definitivamente el monopolio del Estado sobre la información radiotelevisiva. A pesar de esto, en 1976 se desarrollaron, sobre todo, radios privadas (o comerciales). Hubo que esperar al año siguiente para ver, con el nacimiento del movimiento creativo del '77, la repentina e ingente progresión de las

radios libres. Encontraron rápidamente un amplio público y promovieron una renovación de los lenguajes de la comunicación.

Además de las mas conocidas (*Radio Alice, Radio Onda Rossa, Radio Cittá Futura en Roma, Radio Popolare* y *Canale 96* en Milán, *Controradio* en Florencia, *Radio Sherwood* en Padua), se constituyó una red radiofónica muy densa, tanto en el plano geográfico (se crearon radios hasta en los centros urbanos de media y pequeña importancia), como en el de la diversidad cultural.

La gran mayoría de las emisoras cercanas al movimiento del '77, pusieron en el centro de sus preocupaciones, el problema de la información y sobre todo de la contra información y de su difusión. *Radio Alice*, creada en 1976, por el colectivo *A/Traverso*, llevó a cabo una función importantísima en el terreno de la experimentación de nuevas formas de lenguaje.

En diciembre de 1976, en la revista del colectivo boloñés, se afirmaba que «el terreno de la información (y de la informatización como sumisión del trabajo técnico-científico en el proceso productivo) se vuelve el terreno en el que se realiza la lucha por el poder entre la clase obrera y el Estado capitalista, y que, por lo tanto, el lenguaje, la escritura, la intervención en el circuito informativo son prácticas en las que se redefine el tejido material de las relaciones de clase, ya no es su simple representación simbólica».

Más en general, la novedad estuvo en el hecho que las radios libres abrieron los micrófonos a los oyentes y a los protagonistas de las luchas que se libraban en las calles de las ciudades italianas. Los eventos fueron retransmitidos, comentados y difundidos «en caliente», según la expresión de los locutores de la radio boloñesa, *Alice*. Se crearon foros de discusión, debates, asambleas virtuales (puentes radio), en los que pudieron participar, en el mismo momento, decenas de personas.

La gran libertad de acceso a la palabra se tradujo en la afluencia de testimonios de todo tipo, opuestos y a veces extremistas, pero que nunca fueron filtrados. La diversidad de las interpretaciones, de los propósitos, de los puntos de vista emitidos, fue recibida por los poderes públicos y los

© se permite la copia

mass-media oficiales, como una abierto soporte y un medio de comunicación y difusión de la palabra de la propaganda a favor de la lucha y de las organizaciones armadas.

Mauricio Chierici fue uno de los pocos, durante el cruento mes de marzo, que se opuso a estas acusaciones: «La muerte del joven (Francesco Lorusso) ha revelado tres ciudades. Hasta antes de ayer se podía hablar de Bolonia como un monumento edificado alrededor del partido-guía. Desde hace unos años las elecciones confirman su rol dominante. Y la realidad no ha cambiado, pero existen sobresaltos humanos y emotividades, sensibilidades que ofrecen perspectivas que nunca han sido bien exploradas. Algo que se esfuma en discursos en los que la ortodoxia también se difumina. La de los jóvenes, sobre todo. Voces inquietas. Voces de rebelión no codificada. Las voces de la radio por ejemplo, que han acompañado susurrando sin interrupción los momentos dramáticos de los ataques. Nadie guió nada. Al menos con diseños preordenados, Al menos, por la estructura particular de algunas radios libres, detrás del micrófono se han turnado avisos, consejos, indicaciones que han hecho pensar en una estrategia de diseño prefigurado. *Radio Alice* emite todas las comunicaciones de sus oyentes-colaboradores que participan en la manifestación. Inevitablemente se vuelve una guía que indica los movimientos de los manifestantes y las maniobras de la policía. No son llamadas programadas, no están filtradas, llegan y se emiten. Un directo dramático que los mismos protagonistas cuentan de llamada en llamada».

La represión que cayó encima de las revistas, alcanzó también a las radios.

Será de nuevo Umberto Eco, en plena polémica, quien tome la palabra y se oponga a las tesis de los intelectuales próximos al PCI, que culparon y condenaron el carácter violento, subversivo y absurdo del movimiento. Eco confirmó el mismo juicio del movimiento juvenil, sobre todo artístico y cultural:

> Las nuevas generaciones hablan y viven en su practica cotidiana el lenguaje (la multiplicidad de los lenguajes) de la vanguardia. Todos juntos. La alta cultura se ha precipitado en identificar los trayectos del lenguaje de vanguardia buscándolos

© se permite la copia

donde se perdían en caminos sin salida, mientras que la práctica de la manipulación subversiva de los lenguajes y de los comportamientos había abandonado las ediciones numeradas, las galerías de arte, los cineclub y se había abierto camino a través de la música de los Beatles, las imágenes psicodélicas de Yellow Submarine, las canciones de Jannacci, los diálogos de Cochi y Renato; John Cage y Stockhausen se filtraban a través de la fusión entre rock y música india, los muros de las ciudades se parecían más y más a un cuadro de Cy Twombly. Hay más analogías entre el texto de un cantautor y Céline, entre una discusión en una asamblea de marginados y un drama de Beckett, que entre Beckett y Céline por una parte, y uno de esos eventos artísticos o teatrales que el *Espresso* registra. El dato más interesante es que este lenguaje del sujeto dividido, esta proliferación de mensajes aparentemente sin código, se entienden y practican a la perfección por grupos hasta hoy extraños a la alta cultura, que no han leído ni a Céline ni a Apollinaire, que han llegado a la palabra a través de la música, el *dazibao*, la fiesta, el concierto pop.

© se permite la copia

Cronología de radio alice

1974

4 de diciembre. La Corte Constitucional declara ilegal el monopolio de la RAI (Radio Televisión Italiana) sobre el éter. Nacen las primeras radios libres. En Bolonia, el área cercana al disuelto grupo de *Potere Operaio* y a la *Autonomia Operaia* plantea la creación de una emisora.

5 de diciembre. El brigadier Andrea Lombardini resulta muerto durante los preparativos de un atraco a una azucarera de Argelato (cerca de Bolonia). Las indagaciones apuntan inmediatamente hacia el área de la *Autonomia Operaia* boloñesa. El día 9 hallan a Bruno Valli ahorcado en la cárcel, uno de los presuntos atracadores. Los hechos de Argelato y el debate que sigue marcan profundamente el movimiento boloñés.

© se permite la copia

1975

Se empieza a publicar la revista *A/traverso,* periódico de movimiento que concentra su atención no tanto en los «mensajes», como en los lenguajes en tanto vehículos profundos de sentido. La revista boloñesa propone una superación sus-

tancial de la separación tradicional entre militancia política, subjetividad y lenguajes sociales. Los *mass media* oficiales empiezan a hablar de «autonomía creativa» y «movimiento deseante». En noviembre, tras largos meses de gestación, aparecen las primeras transmisiones experimentales de Radio Alice en la onda 100.6. El nombre se inspira en el libro de Lewis Carroll, pero también en la hija de Dadi Mariotti, una de las pocas mujeres «fundadoras». La sede se halla en via del Pratello, 41. La emisora utiliza un transmisor militar, mientras que el resto de los equipos procede de las viviendas de los propios fundadores. El grupo que da vida a *Cooperativa Nuova Comunicazione*, razón social de la radio, está formado en general por ex militantes del archipiélago de la extrema izquierda, que ha roto con los pequeños grupos «guetizados».

1976

26 de enero. Empiezan las emisiones «oficiales» de Radio Alice con el lema de «dar voz a quién no tiene voz». Ironía, inversiones semánticas, transversalidad de los lenguajes, contaminación entre los discursos públicos y privados son los ingredientes fuertes del primer periodo de la emisora. El modelo de partida está en las antípodas del de las demás radios políticas de la época: no se trata de contrainformación, sino de un espacio vía éter a disposición de una comunidad abierta. Aún ofreciendo unas citas fijas, la radio no tendrá nunca una programación regular, pese a los intentos en ese sentido de algunos de los fundadores. Nadie tendrá nunca remuneración. Por lo que respecta el capital, excepción hecha de algún benefactor ocasional y las auto reducciones de las facturas, se funciona por lo general mediante la autofinanciación. Cualquier intento de venta de espacios publicitarios fracasará frente a la caótica gestión de la radio. Durante toda su breve vida, la emisora sufrirá de problemas técnicos crónicos. La radio estuvo siempre transmitiendo las 24 horas, aunque en determinados periodos, permaneció ausente del éter durante días enteros. Desde el principio, las llamadas de los oyentes se pasan a directo, sin censura alguna. Con el paso del tiempo, un número cada vez más amplio

© se permite la copia

de no-fundadores se turnará en los micrófonos, dando vida a aquel «flujo» continuo que ha permanecido como el rasgo distintivo de la experiencia de la emisora. *Radio Alice* es desde el principio objeto de fuertes ataques por parte del *Resto del Carlino* (por el lenguaje vulgar) y, en menor medida, por la *Unità* local.

Abril. Franco Berardi «Bifo», entre los fundadores de la radio y de la revista *A/traverso*, es encarcelado en el marco de la investigación policial a *Autonomia Operaia* relativa a los hechos de Argelato. Para solicitar su liberación, Radio Alice organiza una fiesta en la Piazza Maggiore en la que participan 10.000 personas, un número mucho más allá de las previsiones. Bifo sale de prisión poco después.

Verano. Después de las controvertidas experiencias del Festival del Parco Lambro, el latente conflicto entre el alma «política» de la radio y aquella más atada al concepto de «radio como espacio en blanco para ser escrito día tras día» estallan definitivamente. El grupo de los fundadores entra en crisis, de hecho la radio es gestionada por la espontaneidad de los particulares que la usan fuera de cualquier esquema preestablecido. El director responsable Paolo Ricci y Ambrogio Vitali, fundadores de la radio, marchan a la India.

7 de diciembre. En Milán, los *Circoli dei Proletariato Giovenile* contestan el estreno de *la Scala*. Hay enfrentamiento con las fuerzas del orden. Es el nacimiento oficioso del movimiento del '77, formado por lo general por precarios y por los así llamados no-garantizados. *Radio Alice* es la emisora del movimiento boloñés que da vida a las ocupaciones de viviendas vacías y de las facultades universitarias, a las llamadas *Jacqueries* (auto reducciones en restaurantes, cines, etc) y a la difusión de una práctica política basada en el *non-sense* y la broma.

© se permite la copia

1977

11 de marzo. El rector de la universidad, Rizzoli, solicita la intervención de las fuerzas del orden para neutralizar las peleas que estallan entre los estudiantes del movimiento y los de Comunión y Liberación en la Facultad de Anatomía. Con la llegada de la policía y de los carabinieri la situación degenera. Un carabinieri responde al lanzamiento de un molotov disparando a la altura del cuerpo. Francesco Lorusso, 25 años, militante de *Lotta Continua*, muere alcanzado en pleno pecho. *Radio Alice* difunde la noticia de la muerte del estudiante. Un imponente desfile cruza la ciudad enfrentándose varias veces con las fuerzas del orden. Se dan ataques a sedes de instituciones, partidos políticos y comisarías, tiendas devastadas, decenas de arrestos, numerosos heridos. Finalmente ocupan la universidad y erigen barricadas con el propósito de defenderla. Durante dos días la ciudad es escenario de una verdadera guerrilla urbana. *Radio Alice* transmite las llamadas de los oyentes que desde varios lugares informan sobre los enfrentamientos en curso, señalan la posición de las fuerzas del orden, incitan a la guerrilla, o insultan a los manifestantes.

12 de marzo. La policía irrumpe en la sede de *Radio Alice* que ha sido acusada de instigar y dirigir los ataques. Arrestan a algunos redactores. Otros consiguen huir y empiezan a ser buscados por la justicia.

13 de marzo. Durante algunas horas y gracias a la fortuna, la radio reabre bajo el nombre de *Colletivo 12 marzo*. A la llegada de la policía los redactores huyen por los tejados.

14 de marzo. Mientras permanecen hospedados por *Radio Recerca Aperta*, otros redactores de *Radio Alice* son arrestados junto con los «dueños de la casa». *Radio Alice* reabre aproximadamente un mes después y continúa sus transmisiones durante un par de años más, pero sin la contribución de los fundadores originarios. De hecho, con el paso del tiempo, el

© se permite la copia

ala cercana a la *Autonomia Operaia* organizada conquista la hegemonía de la emisora. Finalmente, se cede la frecuencia a *Radio Radicale*.

Todos los arrestados de *Radio Alice,* algunos de ellos maltratados en la cárcel, son declarados inocentes de todas las acusaciones que se les habían hecho. El caso contra el carabiniere que había disparado a Lorusso y el capitán al mando fue archivado.

© se permite la copia

Hay otro idioma, el italo-indiano[1]

Umberto Eco

HAY UNA NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN, en la cual un pseudo agente comercial americano (en realidad un hombre de la CIA) gira alrededor de los planetas periféricos para instalar una serie de centros de producción a bajo costo, centinelas avanzadas de una futura expansión neo-colonial. Es un experto lingüista, debe llegar a planetas de los que no conoce su lengua y teorizar el código local a través de un análisis de los comportamientos de los indígenas. Sin embargo en un planeta no logra realizar su objetivo, elabora una serie de reglas gramaticales, se comunica con los nativos, extiende un contrato, pero cuando debe llegar al meollo de la cuestión se da cuenta que le son formuladas preguntas que no entiende. Se da cuenta de que el código debía ser más complejo de cuanto pensaba, retoma su investigación, elabora un nuevo modelo de comportamiento comunicativo y choca nuevamente con una barrera de incomprensión. Finalmente intuye que ha caído en una civilización que cambia de código todos los días. Los indígenas tienen la capacidad de reubicar en el lapso de una noche sus reglas comunicativas. El agente parte desesperado: el planeta ha permanecido impenetrable.

Esta novela me parece una apología ejemplar de cuanto sucede a los sociólogos, a los politólogos, al pequeño cabotaje académico o de partidos cuando intentan definir el lenguaje y

© se permite la copia

---

1 *L'Espresso*, 1977, núm. 14. Republicado también en Umbreto Eco, *Sette anni di desiderio*, Milán, Bompiani, 1983.

el comportamiento de los jóvenes de 1977 (que en otra ocasión he llamado generación del Año Nueve, sustrayendo 1968 a 1977, para subrayar una fractura en la continuidad y la dificultad de hacer paralelismos y deducciones). Y no me refiero sólo a los discursos asambleistas, sino a los comportamientos cotidianos, al uso de la ironía, de un lenguaje aparentemente disociado, al empleo de medios masivos, a los graffiti en las paredes, a los eslóganes, a la música.

Pongamos casualmente la radio y escuchemos una de las canciones que los jóvenes escuchan hoy en día, algo de un cantautor cualquiera. La primera reacción es que habla un lenguaje disociado, hecho de alusiones que se nos escapan: no existen «nexos lógicos» y sin embargo no sólo la canción está diciendo algo, sino que este algo logra ser perfectamente familiar y convincente para un chico de 14 años. Después de un rato somos asaltados por una sospecha: ¿No parecía del mismo modo ilógica y disociada una poesía de Eluard a los ojos de los primeros lectores sorprendidos? ¿O de Apollinare? ¿O de Majakovskij? ¿O de Lorca? Una de las cosas que más impacta al profesor (de universidad o de instituto) que se enfrenta a una asamblea de estudiantes es que las reclamaciones, los temas, las reivindicaciones del lunes son distintas de las del martes. Donde el grupo parece encontrar una extraña coherencia entre dos paquetes de revistas, la contraparte está perdida. Todo sucede en base a unas pocas e impalpables consignas, como si se hubiera dado una tácita e instantánea reconstitución del código de comportamiento. Me da la misma sensación que probaban los primeros lectores del *Ulises* de Joyce: después de que se hubieran adaptado al estilo visceral de un capitulo a modo de monologo interior, reaccionaban estupefactos frente al capitulo siguiente construido usando todas las figuras de la retórica clásica. Después de haber entendido algunas páginas en las que muchos acontecimientos eran observados desde un solo punto de vista, se encontraban con otras páginas en las que un solo evento era observado desde distintos puntos de vista.

La «alta» cultura había entendido y explicado rápidamente que nos encontramos frente a modelos de laboratorio de subversión de los lenguajes, donde el arte busca prefigurar un estado de crisis y pone en cuestión al sujeto humano.

© se permite la copia

El sujeto dividido, la disolución de la conciencia, del yo trascendental, la negación del punto de vista privilegiado como parábola del rechazo del poder, ¿cuántas claves explicativas se elaboraron para explicar un modelo de nuevo lenguaje posible que el arte elaboraba a nivel de laboratorio? En el fondo, la sociedad permanecía con sus códigos habituales, con sus metalenguajes garantizados, con sus lenguajes de libertad. Frente a la objeción de que no reflejaban la realidad social del momento, se nos remitía a las famosas disparidades de desarrollo que se manifiestan entre estructura y superestructura. La práctica subversiva de los diferentes lenguajes tendría que prefigurar estados de disgregación o de recomposición social y psicológica que quizás, a nivel de las relaciones económicas, se harían explícitos solo en una fase posterior.

Quizás ahora llegamos a la cuestión: las nuevas generaciones hablan y viven, en su práctica cuotidiana, el lenguaje (o la multiplicidad de lenguajes) de la vanguardia. Todos juntos. La alta cultura se ha esforzado en identificar los trayectos del lenguaje de vanguardia buscándolos donde se perdían en caminos sin salida, mientras que la práctica de la manipulación subversiva de los lenguajes y de los comportamientos había abandonado las ediciones numeradas, las galerías de arte, las filmotecas y se había abierto camino a través de la música de los Beatles, de las imágenes psicodélicas de *Yellow Submarine*, de las canciones di Jannacci, de los diálogos de Cochi y Renato; John Cage y Stockhausen eran filtrados a través de la fusión de rock y de la música indiana, los muros de la ciudad se parecían cada vez más a un cuadro de Cy Twombly […]. Hay más analogías entre el texto de un cantautor y Céline, entre una discusión en una asamblea de marginados y un drama de Beckett, que entre Beckett y Céline, por un lado, y uno de los eventos artísticos o teatrales que *L'Espresso* registra en su rubrica «Che c'è di nuovo». El dato más interesente es que este nuevo lenguaje del sujeto dividido, esta proliferación de mensajes aparentemente sin código, son entendidos y practicados a la perfección por grupos hasta hoy extraños a la alta cultura, que no han leído ni a Céline ni a Apollinaire, que han llegado a la palabra a través de la música, del dazibao, de la fiesta, del concierto pop. Si la alta cultura entendía muy bien el lenguaje del sujeto dividido cuando era hablado en el laboratorio, ya no lo

© se permite la copia

entiende cuando lo reencuentra hablado por las masas. En otras palabras, el hombre de cultura se burlaba del burgués que en el museo, frente a una mujer con tres ojos o a un graffiti sin forma, decía «no entiendo que representa».

Ahora bien, ese mismo hombre de cultura está frente a una generación que se expresa elaborando mujeres con tres ojos y graffiti sin forma, y dice «no entiendo que quieren decir». Lo que le parecía aceptable como utopía abstracta, propuesta de laboratorio, le parece inaceptable cuando se presenta en carne y hueso. Entre paréntesis, se podría encontrar aquí una razón de las dificultades que tiene la izquierda tradicional para entender estos nuevos fenómenos, revelando la misma dificultad que siempre ha tenido para entender las vanguardias de laboratorio, oponiéndoles las razones de un sano realismo. Recientemente, en una manifestación callejera los estudiantes gritaban: «Gui y Tanassi son inocentes, los estudiantes son delincuentes». Era una manifestación provocadora cargada de ironía. Inmediatamente después un grupo obreros que se manifestaban en solidaridad tomó el eslogan, pero traducido a los propios modelos de comprensibilidad: «Gui y Tanassi son delincuentes, los estudiantes son inocentes». Los obreros querían decir lo mismo, pero no podían aceptar el juego de la ironía y reelaboraban el eslogan en términos realistas. No porque no estuvieran en condiciones de entender la ironía, sino porque no la reconocían como medio de expresión política.

Ahora bien hay que anclar la hipótesis —acertada como es— a algunas reflexiones correctoras. Antes que nada lo que sugiero no debe significar que la experimentación de los lenguajes haya provocado la nueva conciencia. Sería una hipótesis idealista. Se trata más que nada de ver como un proyecto abstracto y literario de subversión expresiva, de la lengua al comportamiento, se ha encontrado por un lado con un proceso de generalización realizado por los medios y por otro lado con una situación histórica y económica precisa en la que el yo dividido, el sujeto disociado, el síndrome de los sin patria y la perdida de la identidad han cesado de ser alucinaciones experimentales y prefiguraciones oscuras para transformarse en condición psicológica y social de grandes masas juveniles. En este contexto, nuestra hipótesis debe componerse con otras explicaciones, ya que

© se permite la copia

por sí sola no es suficiente. Pero se trata de una hipótesis «política», aunque se proponga a nivel de la antropología cultural. El estudio antropológico de las estructuras sociales y de sus transformaciones pasa también a través de la lectura de los mitos y de los ritos.

Segunda corrección: hacer esta hipótesis no significa hacer una justificación optimista. No todo lo que sucede es justo ni está destinado al éxito sólo porque suceda. Hay mutaciones que ponen en crisis a la especie. En el planeta del que se hablaba al principio, la comunidad podía cambiar de código todos los días porque esta aptitud estaba escrita en los circuitos genéticos de los nativos. Ahora bien, más allá de la ciencia ficción, ¿puede existir una comunidad que cambie de código cada día sin referirse al trasfondo de los códigos sociales precedentes? ¿Se puede eliminar la dialéctica entre norma y violación, haciendo de la violación la única norma reconocida? ¿Puede existir una reestructuración permanente que no se refiera a un metalenguaje con el que hacer convención también de las reglas de reestructuración? Quiero decir, ¿es psicológicamente, biológicamente sostenible? A esta pregunta se tendrán que enfrentar los «nuevos bárbaros» del Año Nueve, mientras que el resto deberá ser capaz de entender no solo los términos de la pregunta sino los eventuales mecanismos de la respuesta.

Naturalmente continúo interrogando una metáfora a través de otras metáforas. Quizás es todo lo que se puede hacer en este momento. O quizás en este ejercicio de la metáfora se esconde la última patética astucia de la razón que intenta dar una forma estable a un proceso de transición permanente. Pero ya se sabe, cada uno lleva consigo sus propias obsesiones.

© se permite la copia

Las feministas

Sebastien Croquet

El movimiento feminista participó del movimiento del '77 y lo influenció fuertemente con sus temáticas y sus reivindicaciones. Es útil describir cuál fue su recorrido político y cómo se insertaron en el debate público las preocupaciones de toda una generación que arrojaron luz sobre las debilidades y el retraso del arcaico marco social, «patriarcal» y católico.

En un primer momento analizaremos los exordios del movimiento feminista, situándolos en la estación de los tumultos sociales. Luego, en una segunda parte, veremos su compromiso con el movimiento del '77, y finalmente, y para concluir, mostraremos cuáles fueron las consecuencias de diez años de luchas, para las feministas y militantes.

En junio del 1971, tuvo lugar en Milán, el primer Congreso Nacional de los grupos feministas, cuyos dos grupos mayores eran entonces el *Demau* y *Rivolta Feminile*. Situar el comienzo del movimiento feminista en este acontecimiento, no significa que la cuestión feminista no haya sido abordada antes de esa fecha:

> Por supuesto, el movimiento obrero y el Partido comunista italiano habían superado una concepción según la cual la revolución de clase habría solucionado «la cuestión de las mujeres». Y la «cuestión de las mujeres» ya se había convertido en nacional, una de esas cuestiones que cruzaban «la vía

© se permite la copia

> italiana al socialismo». Sin embargo añadir «de las mujeres» en lugar de «meridional», «juvenil» al término «cuestión» era como sostener el concepto de «interés general».[1]

Esta voluntad de autonomía conllevó el separatismo de los grupos, con el fin de «escapar de la hegemonía machista» y de la subordinación a la que estaban condenadas las militantes comunistas y/o de la Nueva Izquierda, en sus respectivas formaciones políticas.

En realidad, lo que motivó de forma significativa la constitución de un verdadero movimiento feminista fue la perspectiva de una redefinición completa de algunos conceptos: entre ellos los de «familia» (sobre todo la relación entre hombre y mujer), «el cuerpo» (la demanda de una emancipación mayor y el derecho a la anticoncepción), la puesta en tela de juicio del modo de hacer política...

Desde el 1973, surgieron grupos y colectivos de medicina, centros de salud para la mujer... todos ellos autogestionados y, elemento importante, abiertos a todas las mujeres. Su objetivo declarado era sustraer la gestión de la salud y del cuerpo a los médicos y a los hospitales. Y esto porque Italia todavía estaba muy anclada a la doctrina católica, cerrada a los métodos anticonceptivos. La reivindicación del derecho al aborto (libre, gratuito y asistido), era de hecho una parte de la reivindicación de base, es decir, del derecho a la autodeterminación de la mujer en cualquier ámbito.

Después, desde 1974, estos grupos feministas intentaron imponer políticamente la legalidad de la práctica del aborto, practicándolo de forma clandestina. Un número cada vez más importante de mujeres (en su gran mayoría, jóvenes) participó de estas prácticas.

Esta estación de luchas favoreció, o más bien provocó, la aprobación, en julio de 1975, de la ley sobre los consultorios. Las reivindicaciones de las feministas habían sido «institucionalizadas» y reconocidas, pero insertadas en una lógica y en una perspectiva reformista, dentro incluso del marco familiar.

© se permite la copia

---

1 N. Balestrini y P. Maroni, *L'orda d'oro,* Feltrinelli, Milán 1997, p. 477 [ed. cast.: *La horda de oro*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].

El derecho al aborto reveló pronto el proyecto aún más complejo de un verdadero y certero reconocimiento de la mujer como sujeto político activo, sin que ello significara que perdiera sus especificidades femeninas.

Desde entonces en adelante se crearon nuevos colectivos políticos, en las fábricas, en las escuelas, en los sindicatos (sobre todo en la CGIL y en la CSIL), en los barrios (que participaron activamente en el desarrollo de los centros sociales), con la voluntad patente de hacer de la diversidad femenina, una especificidad indispensable de la vida política, y no una debilidad.

Durante ese periodo se teorizó y practicó la autogestión, que permitió además una participación más amplia y un mayor nivel de democracia en las asambleas y en las organizaciones políticas.

Fueron precisamente la cuestión de la autogestión y de la autoorganización la que creó tensiones entre el MLD y el PCI. De hecho el partido comunista vio en el feminismo el peligro de un movimiento subversivo, muy difícil de integrar en su estrategia política, que se dirigía completamente hacia el Compromiso Histórico. Sus reacciones frente a las feministas dejaron entrever un sentimiento de desconfianza, cuando no de abierta hostilidad, al menos hasta el debate sobre el aborto, en el que las dos partes se vieron obligadas a participar conjuntamente en la lucha.

Las ideas y las temáticas feministas tuvieron pues algunas dificultades para penetrar en el debate civil y político, y no solamente en la derecha tradicional católica. El bienio de 1975-1976, marcó un replanteamiento del concepto del feminismo, de sus doctrinas, del compromiso con la lucha (social y armada), de la orientación y de las perspectivas de las propias feministas.

Su atención se dirigió mucho más hacia las relaciones entre mujeres, disminuyendo así su compromiso en el plano social.

El fracaso, en las elecciones del 20 de junio de 1976, de la izquierda revolucionaria y de la Nueva Izquierda, junto con el avance del PCI y de la izquierda histórica, permitieron la operación reformista de la institucionalización de los conflictos y de las reivindicaciones. Después de esta victoria, el

© se permite la copia

movimiento de las mujeres se apartó de esta tarea orientándose más bien hacia las cuestiones y los problemas de interés social de orden general, pero manteniendo siempre un lazo de unión muy fuerte con los intereses de la mujer.

Aunque las mujeres sufrieron la preponderancia masculina y la voluntad de algunos militantes (por ejemplo los de LC) de imponer su punto de vista, esto no significó la renuncia a las reivindicaciones y a las temáticas puramente feministas, en los grupos de la izquierda y en el campo de la contestación y de las luchas sociales.

Las mujeres volvían a cuestionar las grandes líneas de la política y las formas de practicarla, mediante una crítica radical dirigida hacia la organización en su conjunto. Esto provocó grandes tensiones que llegaron incluso a la disolución de *Lotta Continua* y a la salida de las mujeres del grupo de *Il manifesto*. Este aislamiento político se debió esencialmente a puntos de vista ideológicos demasiados enfrentados, entre el movimiento feminista y cualquier otra formación política.

> En 1977 el movimiento de los estudiantes habla de necesidades y quiere dar valor al individuo en su irreductibilidad a lo colectivo y al proyecto. Eugenio Finardi canta «lo político es personal». Los *indiani metropolitani* hacen *girotondi* y se pintan la cara. «Reapropiémonos de la vida» es la consigna de masas. Parece posible encontrar las razones de una lucha común. Pero ahí también estalla el conflicto. A menudo de forma violenta.[2]

Como sintetizan Nanni Balestrini y Primo Moroni, la concordancia de determinados temas feministas con las reivindicaciones estudiantiles y su conspicua influencia en el movimiento universitario y creativo que brotó en el '77, dejaba presagiar el principio de una lucha inédita y con nuevas temáticas.

De hecho, el terreno social (el desempleo juvenil) y los nuevos equilibrios políticos consiguientes a las elecciones de 1976, permitieron un acuerdo y un acercamiento entre los

© se permite la copia

---

2 *Ibidem.*

dos movimientos. Ambos, desde su propia realidad social y subjetiva (precariedad y desempleo), reivindicaron y favorecieron una mayor radicalidad y autonomía del movimiento frente al sistema político clásico, y exaltaron la insubordinación en un rechazo total.

La contraposición se hizo más evidente desde el momento en que el PCI decidió sostener abiertamente el gobierno de la DC, lo que imposibilitó toda mediación política «tradicional». Antes y durante el '77 una gran parte de las feministas practicaron la «doble militancia», es decir, una participación y un compromiso político activo en el PCI y en el movimiento, lo que permitió el único ejemplo de permeabilidad entre las dos formaciones que sin embargo hay que relativizar ya que se limitó al ambito feminista.

Con el movimiento estudiantil, las mujeres compartieron la oposición a la ley Malfatti, el deseo de cambiar y renovar radicalmente la sociedad, la política, el ciclo productivo, el rechazo y/o la redefinición del concepto del trabajo, la afirmación de un sujeto social y político libre de la centralización de las organizaciones partidistas de la izquierda, la autogestión del propio cuerpo y la demanda de una mayor liberación sexual y la legalización de las drogas...

Con la parte creativa, las feministas compartieron una atención extrema hacia las «nuevas necesidades» relativas a la esfera de la creatividad, de la afectividad y de la comunicación, de la compleja relación entre el individuo, la sociedad y el arte. [...]

La oposición entre los grupos feministas y los masculinos que se intensificó durante el '77 no fue consecuencia del movimiento de contestación homónimo, sino de la actitud hegemónica y aislacionista de las organizaciones de la Autonomía que rechazaron y se opusieron a cualquier forma de participación de las mujeres. De hecho, en el ambiente autónomo, la confiscación de la palabra y a veces la prohibición, las propias autónomas, de participar en los meeting, en las manifestaciones, en las mesas redondas fue una práctica muy difundida. Lo que provocó una acentuación de la separación y el disentimiento del MLD, pero también de otras formaciones feministas frente al resto de la izquierda, haciendo aumentar las tensiones internas y el aislamiento en el que se habían confinado.

© se permite la copia

El mundo político (sin distinción partidista o ideológica) todavía no estaba preparado para cambiar o modular su organización social y jerárquica, y el replanteamiento tan esperado sólo se produjo después del '77, fundamentalmente en el PCI.

Actualmente existe una línea interpretativa según la cual una parte importante de las mujeres que eligieron quedarse en la autonomía organizada pasó luego a la lucha armada. Esta tesis puede ser aceptada sólo en la medida en que una parte del movimiento feminista, fue receptiva al discurso militarista y revolucionario de los grupos clandestinos y de sus ideologías. Sin embargo, hay que relativizar estos análisis, porque el porcentaje de las mujeres en las organizaciones armadas fue muy débil.

En realidad la mayoría de las mujeres comprometidas políticamente o en la organización no sostuvo la deriva armada, más aún se opuso a la radicalización de la lucha, que fue una de las razones de la salida masiva de las militantes feministas.

El movimiento feminista fue duramente golpeado por la represión que se abatió sobre el movimiento contestatario y subversivo del '77 y del reflujo que marcó el fin de la mayor temporada de luchas sociales y políticas desde la postguerra.

Para algunos, el movimiento del '77 simbolizó la última ocasión de que las mujeres se asociasen con otro movimiento. Para otros la teoría feminista basada sobre el papel central del individuo en el mecanismo político-social favoreció el desarrollo de determinadas temáticas que se retomaron en los años ochenta, y que exaltaban el individualismo y la superioridad del interés personal sobre el interés colectivo.

En el plano político la doble militancia funcionó «hasta que el movimiento se organizó en colectivos y grupos. Entonces era relativamente fácil: por un lado, el partido; por otro, estar entre mujeres. Pero entre 1978 y 1979, los colectivos se disuelven y aquellas mujeres se hallan en la situación de enfrentarse así, sin red, con la necesidad de una mediación *in locus* entre las dos militancias. El camino elegido (por los hombres y por las mujeres) es el de una lucha común para la renovación de la política. El PCI se abrió a

© se permite la copia

las cuestiones relativas al individuo, organizó congresos sobre los sentimientos. Las mujeres se convirtieron en «portadoras de valores de salvación» lo que sintetizó muy bien la alocución de Enrico Berlinguer cuando afirmó que «la política tenía que ampliar sus propios confines y por ello pedía la aportación de las mujeres» que se convirtieron así en «nuevos sujetos de una vieja revolución».

El movimiento del '77 fue en varios aspectos un año clave para el feminismo, su fragmentación en mil direcciones, no significó su desaparición, sino más bien una redefinición de sus temas y de los vehículos de la lucha.

Como escribió Pina Sardella en 1997, hay que concebir el «después del '77» como «el principio de una nueva fase del movimiento (feminista): hecha pedazos la idea de un proyecto total y totalizador, se vuelve a empezar a partir de aquella identidad colectiva, reconocida socialmente, que había producido años de movimiento. El significado de esa identidad es fuerte y constituye el patrimonio común, más allá de los ámbitos y de las modalidades en las que las mujeres actúan. Las elecciones especificas se diversifican, según los intereses y las capacidades profesionales».

Esto marcó una nueva orientación política y una visión a la vez personal y plural del compromiso social, pero que permaneció condicionada por el legado de dos decenios de luchas feministas.

© se permite la copia

El movimiento del '77 y la violencia[1]

Diego Giachetti

UTILIZANDO UNA SIMPLIFICACIÓN INICIAL, que consideramos bastante eficaz, podemos afirmar que el recurso a la violencia en el '68 fue una respuesta a la represión estatal. Se pasó del «no huiremos nunca más», según un verso de la canción dedicada a los disturbios de Valle Giulia en Roma, en marzo del '68, al lema «la violencia, la violencia, la violencia, la rebelión / quien hoy está dudando luchará con nosotros mañana», que invitaba a los manifestantes a responder con la fuerza a los ataques policiales. En el '77 se dio una búsqueda deliberada de confrontación violenta, por parte de algunos sectores del movimiento. Simplificando aún más podría decirse que el movimiento del' 68 fue originariamente «bueno», no tanto en sus intenciones y propósitos que eran anti-sistémicos, subversivos y revolucionarios, como en los instrumentos utilizados para perseguirlos: okupaciones, protestas pacificas, no-violencia, resistencia pasiva a los desalojos.

Fue el contexto en el que se encontró (represiones policiales, campañas difamatorias de los periódicos, la matanza de Milán del 12 de diciembre de 1969) el que lo hizo «malo», imponiéndole buscar respuestas adecuadas a la puesta en marcha de los aparatos represivos, legales y no, del Estado y a la amenaza de los ataques fascistas. Se trató más que nada de encontrar herramientas y formas que garantizaran, de alguna manera, la defensa y el mantenimiento de lo que se

© se permite la copia

1 Extraído del «Sul '77» - Per il sessantotto núm.11-12/97, año VII.

había conseguido, conquistado, construido en términos de estructuras organizativas, de espacios para la acción colectiva (sedes, periódicos, plazas y lugares de reunión y de encuentro) acompañados por la conciencia de que, superado el entusiasmo por la explosión espontánea de la rebelión estudiantil y obrera, el recorrido de lucha contra el Estado y el capitalismo prevería inevitablemente momentos de lucha cruentos. Se empezó practicando un uso defensivo de la violencia. Es la época de los *servizi d'ordine*, estructuras organizadas para practicar la fuerza, ya sea para la defensa de espacios de movimiento en las calles, como para el control de territorios en el tejido urbano.[2]

El clima en el que nació y se desarrolló el movimiento del '77 fue completamente distinto, estaba enrarecido en su origen. Toda supuesta imparcialidad de las instituciones estatales en la lucha de clases fue barrida por las intrigas y el descubrimiento de servicios secretos desviados. La represión oculta, subterránea y disgregante, llevada a cabo por lo servicios secretos, fue acompañada por la introducción de nuevas y más duras leyes de policía, dirigidas principalmente a golpear las manifestaciones callejeras y las protestas. La promulgación de la ley Reale, acerca del orden público, fue un claro ejemplo. Dicha ley otorgaba a la policía un poder de intervención y de represión hacia los movimientos, las manifestaciones y los compañeros, sin precedentes en la breve historia de la Italia republicana. La propia Corte Constitucional en la sentencia núm. 16 de 1978 encontró en la ley Reale «un particular complejo de medidas legislativas excepcionales, para encarar la presente situación de crisis del orden público especialmente referida a la criminalidad política y para-política».[3]

© se permite la copia

2 M. Revelli, «Movimenti sociali e spazio politico», en *Storia dell'Italia repubblicana*, vol. 2, tomo 2, Turín, Einaudi, 1995, pp. 472-473.

3 Cita de G. Galli, *Storia del partito armato 1968-1982*, Rizzoli, Milán, 1986, p. 144.

Un evento recurrente

La matanza de Piazza Fontana, el 12 de diciembre de 1969 en Milán, aparece hoy como una fecha recurrente, como un corte en la historia de Italia, ya que una parte considerable «del aparato estatal pasó conscientemente a la ilegalidad, se constituyó como poder criminal, sin dejar de ocupar instituciones vitales»; Piazza Fontana «siembra y agiganta el miedo al golpe, representa la transición de la represión estatal de los movimientos y de las luchas desde las técnicas frontales, firmadas, a las indirectas y ocultas de los poderes de represión, seguridad y provocación».[4]

Desde entonces, por decirlo con Bertolt Brecht, ya no se podía ser tan solo amables, una generación entera «se vio impresionada por dos experiencias vitales, fuertes y opuestas: el '68 (y el '69 obrero) por un lado, y Piazza Fontana, Pinelli, Valpreda, por otro. La alegría y la muerte, la luminosidad y la sombra, la confianza y el miedo, la cordialidad y el sentido de persecución».[5] A la matanza de Piazza Fontana de 1975 le siguieron otras cinco en Italia.[6] Matanzas que revelaron la existencia de complots de los aparatos del Estado desviados, comprometidos plenamente en la obra de encubrimiento, contaminación de pruebas, de verdadero sabotaje de las investigaciones con el fin de evitar el descubrimiento de la verdad. De 1969 a 1974 los muertos por hechos políticos en Italia fueron 92, de los cuales 63 por violencia y actos terroristas de derecha, 10 cayeron en altercados con las fuerzas del orden, 8 en otras circunstancias, 9 achacables a acciones de izquierda.[7] Hubo 1.706 atentados, de los cuales el 71,6% eran atribuibles a la extrema derecha y 5,8% a la extrema izquierda.

© se permite la copia

---

4 Las citas son respetivamente de M. Revelli, *Le due destre*, Turín, Bollati Boringhieri, 1996, pp. 22-23; y E. Santarelli, *Storia critica della repubblica*, Milán, Feltrinelli, 1996, p. 188. También llegan a las mismas conclusiones:G. Boatti, *Piazza Fontana. 12 dicembre 1969: il giorno dell'innocenza perduta,* Milán, Feltrinelli, 1993 ; y G. De Paolo e A. Giannuli en la introducción a *La strage di Stato.Vent'anni dopo, Roma*, Associate, Roma, 1989.

5 M. Revelli, «Movimenti sociali e spazio politico», *cit.,* p. 467.

6 A. Sofri, *Memoria,* Palermo, Sellerio, 1990, p. 181.

7 Para estos datos y los siguientes véase M. Galleni, (acuradi) *Rapporto sul terrorismo.Le stragi, gli agguati i sequestri, le sigle 1969-1980,* Milán, 1981, pp. 51-84-89.

De 2.359 actos de violencia censados, 2.304 fueron atribuidos a organizaciones neofascistas y 152 a las de izquierda. Según Marco Revelli, en Italia se estaba estableciendo una situación «de verdadera guerra civil encubierta»,[8] que preparaba el paso a la fase siguiente, la del terrorismo, inaugurada por el secuestro del juez Sossi y el asesinato de dos militantes del MSI en Padua por parte de las Brigadas Rojas. De 1974 a 1980 hubo 362 muertos y 171 heridos, de los que 104 y 106, respectivamente, eran atribuibles al terrorismo de izquierdas. Organizaciones de izquierda realizaron 1.787 atentados, las de la derecha 1.281. En cualquier caso, la profunda diferencia permanecía entre el así llamado movimiento y los grupos que habían elegido el camino de la clandestinidad y de la lucha armada. El movimiento y los propios partidos de la nueva izquierda continuaban considerando que para cambiar la sociedad italiana había que intervenir en profundidad, dentro de la propia sociedad civil, intentando construir un movimiento de masas y cambiando la conciencia. Los terroristas, en cambio, eligieron la clandestinidad y la acción violenta, colocándose fuera de la realidad y aislándose.

Hasta que ya era demasiado tarde, fueron incapaces de medir los probables efectos de sus acciones, de evaluar el trágico balance: no solo mataron a sangre fría, sino que contribuyeron a la destrucción de l conjunto del movimiento que quería modificar la sociedad italiana.[9]

La insurgencia de la violencia difusa

La crisis de los partidos de la nueva izquierda, después de las elecciones del 20 de junio de 1976, liberó fuerzas militantes y *servizi d'ordine* en vías de disolución que se volcaron en las nuevas formas de compromiso político y social procedentes del desarrollo de los *Circoli del Proletariato Giovanile* y,

© se permite la copia

8 M. Revelli, «Movimenti...», *cit.*, p. 473.

9 P. Ginsborg, *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi,* Turín, Einaudi, 1989, p. 488.

poco después, en el estallido del movimiento del '77. Una profunda re-mezcla social puso en contacto —en una situación de crisis económica, de crecimiento del paro y de crisis de la propia idea de revolución anti-capitalista— grupos de jóvenes parados, infra-ocupados, marginados en las periferias degradadas de las ciudades, con estudiantes medios y universitarios, precarios, *out siders*, obreros en paro o despedidos, *freaks*, militantes en crisis de las organizaciones de la nueva izquierda, feministas, pertenecientes a la variada área de la autonomía operaia.

Los *Circoli del Proletariato Giovanile* defendían su «territorio» con las «rondas proletarias», ocupaban edificios y casas sin alquilar para crear lugares de socialización, islas liberadas en las que reunirse, de forma parecida a lo que había acontecido los años anteriores en las escuelas superiores más politizadas y en las Universidades. Se movían hacia el centro de la ciudad para reapropiarse del valor de uso de las mercancías, según el sofisticado lenguaje de entonces, practicando las «compras proletarias», la auto reducción de los tickets de cine y de teatro, peleándose con la policía para entrar gratis a los conciertos. Toni Negri describió este nuevo fenómeno social, tal y como se había manifestado en el festival organizado por la revista *Re Nudo* en el Parco Lambro de Milán: «El primer día fue tranquilo, a lo largo del segundo se dio la expropiación proletaria de los camiones de comida de los organizadores, el tercer día algunos grupos salieron del parque para buscar supermercados por desvalijar. Resonaron golpes de arma de fuego, había llegado la policía».[10] Movimientos espontáneos y subjetivos, necesidades y deseos se encarrilaban en parte en la gestualidad de una violencia difusa. El nuevo lema «retomemos la vida», surgido dentro de los grupos de autoconciencia feministas, devenía patrimonio común de estos jóvenes conjugándose con el de «tomemos la ciudad», con el comunismo y la libertad, tal y como reclamaba la canción de *Lotta Continua*, escrita para sostener su iniciativa política en los primeros años setenta. De manera distinta al '68, esta vez «no se contesta ideológicamente la riqueza, ésta es en cambio un bien negado»,[11] del

© se permite la copia

10 T. Negri, *Pipe line,* Turín, Einaudi, 1983, p. 166.

11 F. Ottaviano, *La rivoluzione nel labirinto,* Sovaria Mannelli (CZ), Rubbettino, 1993, p. 817.

que hay que apropiarse. La inmediata incomprensión y rechazo que el movimiento del '77 provocó en el PCI, en aras de entrar en una mayoría de solidaridad nacional, la condena sin matices y con palabras fuertes de todo el movimiento por parte de aquellos que hasta hacía pocos meses habían sido el mayor partido de oposición, crearon una situación de incomprensión e incomunicabilidad profunda entre los jóvenes del '77, los partidos y las instituciones. Sintiéndose marginados echaron el guante a quien los quería marginar. Muchos de estos sujetos reaccionaron con una postura muy agresiva en sus expresiones políticas. «La democracia fue considerada incapaz y al mismo tiempo marcada por tentaciones represivas y totalitarias. La hipótesis armada se empezó a aceptar dentro de los movimientos más amplios y pareció asumir una capacidad neutralizadora (la teoría de los compañeros que se equivocan) incluso en fuerzas y posiciones muy lejanas.[12] El recurso sistemático a la violencia fue teorizado por algunas componentes significativas del movimiento. El choque con la policía se convirtió, para algunas componentes, en una manera de estar en la calle y de manifestarse. Ya no se trataba de defenderse de las cargas y de las agresiones, sino de atacar a las fuerzas del orden, de alcanzar determinados objetivos, sedes, edificios. Dicha experiencia acabó atornillanadose sobre sí misma en un torbellino de acciones que casi siempre reducían el debate a la evaluación de si había sido más o menos oportuno lanzar cócteles molotov, asaltar esta o aquella cueva fascista, si había empezado antes la policía o grupos de autónomos escapados del servicio de orden del movimiento. Con frecuencia, acabaron prevaleciendo posiciones enroscadas en afirmaciones de principio entre quien estaban a favor de la violencia y quien decía que siempre había que rechazarla como método de lucha política. Casi nunca se consiguió analizar el problema de la violencia en los términos de un debate histórico-político que tomara en consideración categorías como su inutilidad, negatividad o necesidad según contextos y circunstancias.

© se permite la copia

12 A. Bolaffi, P. Franchi, «La grande metafora del terrorismo», *Rinascita*, núm. 4, 1981.

La violencia dentro del movimiento

Las discusiones de naturaleza política y de perspectiva dentro del movimiento eran muy vivaces, desembocaban en fuertes polémicas verbales, que a veces degeneraban en verdaderos actos de violencia en contra de la presidencia o de quien intervenía en la asamblea. El movimiento demostró, más de una vez, no estar en condiciones de garantizar la democracia interna, el respeto de la pluralidad de las posiciones y la unidad de acción en las manifestaciones publicas. Las divergencias de análisis y de intenciones fueron muchas veces inconciliables, produciendo tensiones internas que acabaron por desmoralizar la parte menos politizada de los participantes. Una primera cita nacional resaltó la diferenciación interna y la incapacidad de convivir pacíficamente entre sí. El 26 y 27 de febrero de 1977 tuvo lugar en Roma la reunión de la coordinación nacional de los estudiantes universitarios. Los participantes fueron numerosos, el aula con 2.000 asientos estaba atestadísima y otros, fuera, presionaban para entrar. En algunos momentos, la asamblea tomó la forma de una cueva infernal, cientos de personas se habían inscrito para hablar, las intervenciones se sucedían entre voces, imprecaciones, coros de estadio, mientras que quien tenía el micrófono gritaba para sobreponerse a los silbidos, los lemas, los aplausos. No estaba clara la diferencia entre quien era delegado y representaba oficialmente las variadas realidades locales del movimiento y quien participaba a titulo personal con igual derecho de voto. En este contexto que por momentos rozaba la verdadera pelea, las feministas y los indios metropolitanos abandonaron la asamblea rechazando «el alucinante clima de violencia y prevaricación que se había creado», que no per mitía «expresar los contenidos del propio movimiento». [13] Cuando intentaron volver al aula de la asamblea, un sólido servicio de orden se lo impidió. A los indios metropolitanos no les quedó más que chillar «fuera, fuera la falsa autonomía». Al final se aprobó una moción

© se permite la copia

13 Cf. respetivamente «Dichiarazione di guerra degli indiani metropolitani» y «Le femministe si dissociano dall'assemblea nazionale», los dos en *I non garantiti,* Savelli, Roma, 1977, pp. 189 y 194.

presentada por aquellos que se habían quedado en la asamblea oficial, cerca de quinientos, que no todas las delegaciones reconocieron como representativa del movimiento. En la moción se afirmaba[14] el carácter proletario del movimiento y se reivindicaba, entre otras cosas, «el antifascismo militante», se pedía la liberación de los compañeros presos y de todos los militantes comunistas, de todos los combatientes revolucionarios encarcelados por el enemigo de clase, se rechazaba todo intento de dividir el movimiento entre una parte violenta y una parte dispuesta al debate y a la mediación.

En un clima más sombrío, a causa de la represión en curso, se celebró en Bolonia, del 29 de abril al 1 de mayo, la segunda coordinadora nacional. Se mantuvo después de los incidentes que se habían verificado en Bolonia en reacción al asesinato de Francesco Lorusso el 11 de marzo de 1977 y los de Roma del día siguiente. Aquí, con ocasión de la manifestación nacional de movimiento, tuvieron lugar a lo largo de toda la tarde episodios difusos de guerrilla urbana. Grupos de manifestantes se despegaban de repente del grupo principal y golpeaban con molotov, barras de hierro y armas de fuego sobre distintos objetivos: tiendas, escaparates, coches aparcados, la comisaría de los «carabinieri» en la Plaza del Popolo, la sede del diario de la DC *Il Popolo* en la Plaza Navona, el asalto a una armería en el Puente Sisto. Una vez llevadas a cabo las acciones, los grupos de guerrilleros urbanos volvían a confundirse con el grupo principal provocando de esta forma, la reacción de la policía contra todos los participantes.

«La manifestación —comentaba el periódico del movimiento *Rosso*— estaba determinada a invadir y ocupar con una cierta presencia militar el centro ciudadano. Ha acabado su recorrido alcanzando sus objetivos».[15] En Bolonia, al final de un largo y atormentado debate, se votaron dos mociones contrapuestas.[16]

© se permite la copia

---

14 Cf. «Mozione "di maggioranza"», en *I non garantiti, cit.*, pp. 195-196.

15 *Rosso,* núm. 17, 18 de marzo de 1977.

16 Nos referimos a los textos íntegros publicados en el *Quotidiano dei Lavoratori* del 3 mayo de 1977. Una síntesis de los dos se encuentra en la apéndice del libro *I non garantiti, cit.*

La primera, la de la mayoría (60 por ciento de los votos), desde las primeras palabras, proponía que había que evitar el dilema entre dos alternativas presentes en el movimiento, las dos destinadas al fracaso: la de quienes proponían una radicalización vertical de la confrontación con el aparato militar del Estado y la de quienes querían hallar un espacio político dentro de las instituciones del movimiento obrero. El movimiento, poniendo en crisis los proyectos de normalización política y social, transformando las practicas de vida, podía producir «comportamientos individuales y colectivos subversivos, era un componente de la oposición de clase al Compromiso Histórico. Defenderse de la represión, mediante la autodefensa de masas no era un hecho marginal, ni algo que pedir a los especialistas de los distintos servicios de orden. Conscientes que iban a darse otros momentos de confrontación con el aparato militar estatal, en el documento se afirmaba que el problema «no es disparar mejor o más a la policía, pero que tampoco se puede obviar el problema, detrás de llamamientos genéricos y oportunistas. [...] Debemos ser nosotros quienes decidamos los tiempos del ataque en territorio enemigo. [...] El movimiento no lanza anatemas y no acepta la criminalización de ninguno de sus componentes [...] pero nadie debe permitirse ir en contra de las decisiones y de la voluntad colectiva de las asambleas». La segunda moción, la de minoría con el 40 por ciento de los votos, ponía de relieve las potencialidades del movimiento y también su debilidad programática y organizativa. «Hoy la DC agudiza el ataque reaccionario contra el movimiento y las propias izquierdas abstencionistas, precisamente cuando el PCI está dispuesto a sacrificar incluso algunas libertades democráticas fundamentales con tal de eliminar los movimientos de oposición [...] Por otro lado, mientras el movimiento reivindica el derecho de manifestarse [...] y reitera la legitimidad de la autodefensa de masas, afirma que no acepta de ninguna de las maneras la lógica de las acciones armadas minoritarias, que, además de prevaricar la democracia y la autonomía del movimiento, lo debilitan, facilitando las maniobras de la DC, aceptadas por el PCI, dirigidas a erradicarlo en la represión más violenta».

Con el propósito de castigarlos —puesto que en sus folletos y en sus periódicos PdUP, *Avanguardia Operaia* y Movimiento de Trabajadores para el Socialismo habían

© se permite la copia

criticado con dureza el comportamiento y las acciones de los autónomos— los autónomos romanos, después del encuentro de Bolonia, se reunieron en asamblea y los expulsaron del movimiento. Así de irónico comentaba el episodio *Il manifesto*: «La autonomía se ha reunido sola, echando a todos aquellos que no están de acuerdo y combaten su practica irresponsable, expulsando a los periodistas, debatiendo solos, ellos solos votando».[17] La foto tomada en Milán el 14 de mayo de 1977 causó mucho impresión, ya que para los media fue el modo simbólico y más eficaz de representar el aspecto trágico del '77 relacionándolo con la filosofía de la muerte y de la P-38. Ese día en Milán se convocó una manifestación de estudiantes. Un grupo se alejó del grueso y, armas en mano, disparó contra la policía, un agente, Antonio Custrá cayó herido de muerte. La foto ilustraba la figura de un manifestante con gorro, solo, en medio de la calle, con las piernas abiertas y los brazos tendidos empuñando con las dos manos una P38 apuntando a la policía. El comentario de Umberto Eco, identificaba una diferencia sustancial entre el imaginario que atribuimos a los movimientos colectivos, de masas, revolucionarios, y esa acción: «Esa foto no se parece a ninguna de las imágenes en las cuales se había emblematizado [...] la idea de revolución. Faltaba el elemento colectivo, volvía de forma traumática la figura del héroe individual. [...] Evocaba otros mundos, otras tradiciones narrativas y figurativas».

Después del verano la situación se empezó a precipitar: el congreso de septiembre boloñés sobre la represión representaba el último canto del cisne de una tumultuosa primavera y la llamarada del «creativismo». El movimiento estaba ya en vía de disolución. El congreso había demostrado definitivamente la imposibilidad de conciliar prácticas, necesidades, deseos, aspiraciones y sentimientos diferentes. Lo que sobrevivía era tan solo lo que *Rosso* llamaba el «Movimiento Proletario de la Autonomía». Lógica conclusión, de su parte, de un recorrido que al final también había conllevado la expulsión del alma de *Lotta Continua*, definida como una «especie de parásitos» que «están en el

© se permite la copia

17 Citado en de F. Ottaviano, *op.cit.*, p. 853.

movimiento porqué no sabrían en que otro lugar estar».[18] El secuestro de Aldo Moro, de la mano de las Brigadas Rojas, el 16 de marzo de 1978 en Roma, marcó el final de un periodo y abrió otro»: el movimiento era como un fantasma, ausente, volcado sobre sí mismo, escondido en sus guetos; la escena estaba ahora ocupada por la estilicidio de las acciones armadas clandestinas que se hacían competencia. La vida del movimiento se había acabado, pero no para los compañeros, no podían apartarse y decir "esperemos, esperemos a ver", por que para la represión todos estaban implicados, no se hacían distinciones».[19] El fin del movimiento coincidió con la aparición masiva de la heroína en el mercado de la droga (de los 10.000 adictos de 1976, se pasó a los 60-70.000 de 1978[20]) y con el paso de algunos compañeros del movimiento a las formaciones armadas clandestinas, que conocieron entonces una fase de relativa expansión. Elecciones opuestas pero dictadas por la misma desesperación. Después de haber vivido un periodo de gran exaltación, después de haber probado a cambiar el mundo y la vida, fue difícil aceptar volver a vivir en una sociedad rechazable por mediocre, hipócrita, falsa y violenta.

© se permite la copia

18 *Ibidem,* p. 871.

19 N. Balestrini, *Gli invisibili,* Milán, Bompiani, 1987, pp. 26-27 [ed. cast.: *Los invisibles,* Barcelona, Anagrama, 1989].

20 Cfr. N. Balestrini, P. Moroni, *L'orda d'oro, M*ilán, Sugarco, 1988, p. 385 [ed. cast.: *La horda de oro,* Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].